

ACADEMIA GALLEGA

DISCURSOS LEIDOS

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL SEÑOR

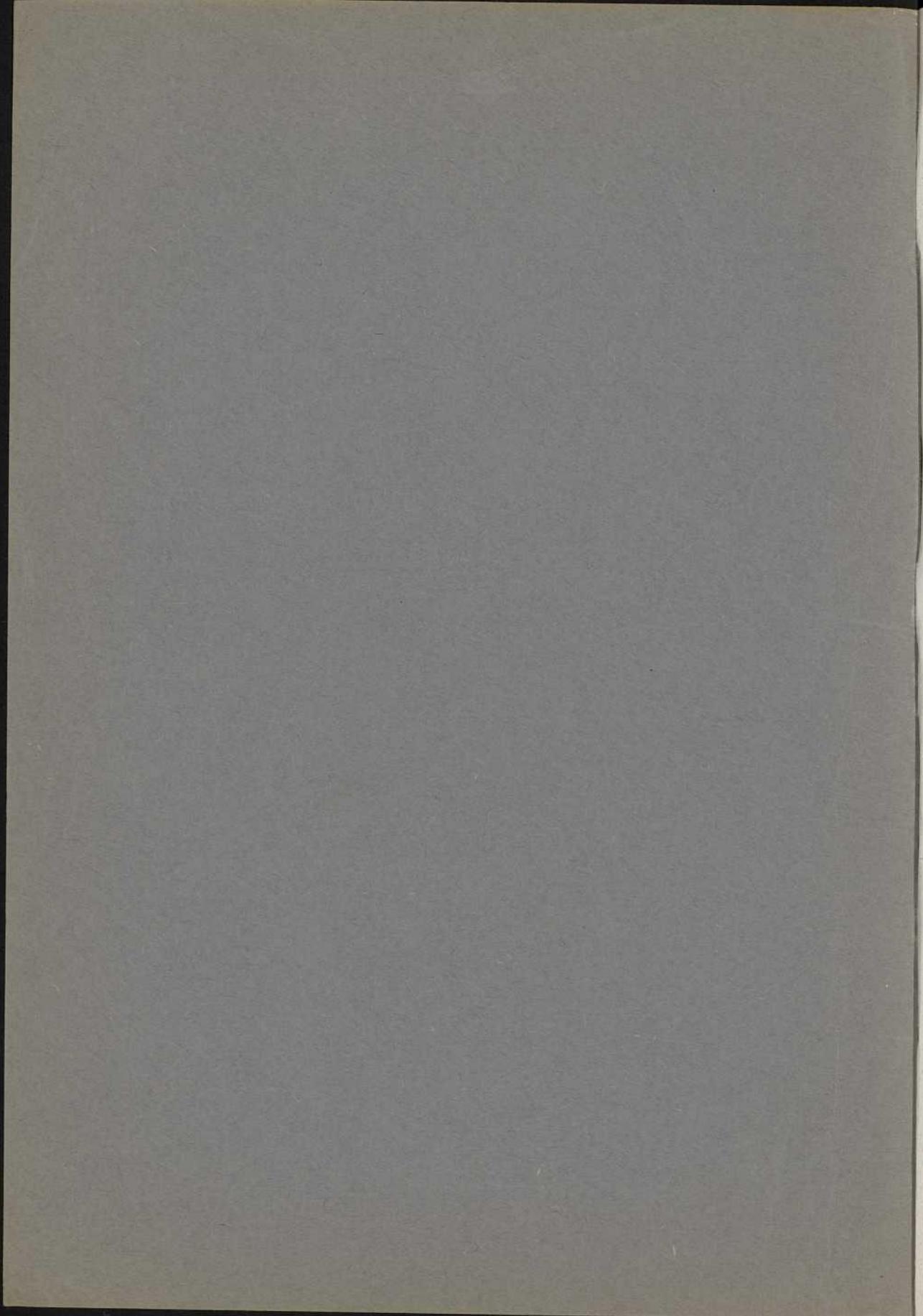
DON JOSÉ GARCIA ACUÑA

COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

EL 15 DE NOVIEMBRE DE 1932



1932 —————
IMPRENTA MORET
————— LA CORUÑA



CONQUISTA Y EVANGELIZACION
DE LA NUEVA GALICIA

ON THE HISTORY OF THE
CITY OF NEW YORK

SEÑORES ACADÉMICOS:

He procurado en el transcurso de mi vida, que va declinando ya hacia su ocaso, mantener constantemente encendido en lo más íntimo de mi alma, como la lámpara en el santuario, el sentimiento del deber. He creído siempre que todos los esfuerzos que el hombre realiza para afirmar y fortalecer la voluntad, no tendrían razón de ser si la voluntad misma careciese de rumbo fijo y fluctuase a merced de los acontecimientos o de las pasiones, como barco sin brújula o timón sin timonel. La voluntad humana necesita hallarse polarizada hacia un norte espiritual inmutable, y ha menester además tener plena conciencia de este su destino, en la que se sumerge en los momentos de indecisión y debilidad para hallar en él su temple y fortaleza. No basta, pues, encaminar nuestro espíritu por el determinismo más sabiamente combinado, hacia la verdad o hacia el bien. Es preciso que la voz del deber se haga siempre oír, que sepa mandar y que se haga obedecer. Tan sólo después de esta prueba es cuando puede decirse que la educación de la voluntad es cosa hecha, que la voluntad está dominada y regida por el sentimiento del deber. Este sentimiento se convierte en el eje supremo de toda su actividad; constituye el punto de apoyo que pedía Arquímedes para mover el mundo, transformando en buena voluntad una energía de la que el temperamento o la pasión habrían podido hacer su juguete.

El sentimiento del deber me arrastra hasta aquí, obligándome a presentarme ante vosotros, señores Académicos, todo turbado y todo contrito por haber tardado tanto tiempo en cumplirle y no saber si, a la hora de su cumplimiento, lograré hacerlo de una manera airosa, digna de vosotros, digna de mí y digna de Galicia, sobre todo. Porque es incontestable que si hay deberes en cuyo cumplimiento se pueda acaso prescindir de un principio absoluto que les sirva de base y punto de partida, las obligaciones que tenemos con nosotros mismos serían frágiles y vanas si no tuviesen otro fin y medida que nosotros mismos

también. Por eso decía acertadamente un psicólogo eminente que el deber de reforma interior es esencialmente un deber religioso. Y solamente la creencia en Galicia, la devoción tributada a nuestra Santa Madre Galicia, dá todo su valor a mi voluntad de servirla y toda su fuerza a mi amor consagrado a venerarla con fervor profundamente religioso.

*
* *

Elegido para ocupar la vacante que dejó en el seno de la Academia Gallega su fundador el Patriarca de las letras gallegas, el insigne Murguía, mi confusión ante tan desmedido honor fué creciendo en mí a medida que el tiempo transcurría y los apremios del deber reglamentario me ponían en trance de desertar muerto de miedo o arrostrar temerariamente el peligro de necia e irreflexiva osadía. Sólo logré serenarme algún tanto cuando comprendí con toda claridad el alcance de vuestra elección. Había que cumplir una formalidad reglamentaria, un mandamiento estatutario, a cuya ejecución estabais sujetos por la ley inexorable del destino. Los hombres, como los días, pasan, pero no se parecen. Muerto Murguía, vacante su sitial, era forzoso que alguien lo ocupase. Tocóme a mí tan formidable honor, pero aunque el sitial parezca ocupado, el vacío que dejó el gran hombre, el más insigne polígrafo, el más glorioso historiador de Galicia, sigue y seguirá sin llenarse mientras haya Academia Gallega.

Tranquilizada mi conciencia y calmada con esta consideración mi no fingida humildad, dime a pensar en que el tema de mi discurso de recepción no podía ni debía ser otro que el que la misma suerte me señalaba: Murguía. Pero si grande había sido mi confusión al saberme elegido en su lugar, para cubrir la vacante reglamentaria, el espanto que me causó la sola idea de ser yo el panegirista de Murguía, el exégeta de su obra ciclópica, el comentador de sus múltiples y diversos trabajos históricos y literarios, no es para descrito. Sin la menor vacilación me hice a mí mismo la justicia de inhibirme y recusarme. La tarea de perpetuar la memoria de don Manuel Murguía en una

obra de exaltación y glorificación de su figura y del papel histórico que representó en la hora precisa del resurgimiento de Galicia en todos los órdenes y aspectos de su personalidad inconfundible, no puede ser individual, por muy altos que sean el valor y el renombre de quien tome a su cargo el realizarla. Para ser el Johnson de Shakespeare o el Eckermann de Goethe, además de haber vivido en la intimidad del héroe y sido su confidente, en cuyo brazo se apoyara para deambular por los más abstrusos y misteriosos vericuetos espirituales, es preciso ser un Eckermann o un Johnson. La solemne consagración apoteótica de nuestro Patriarca y Fundador ha de ser obra colectiva, organizada y dirigida por la Academia, su hija, y realizada por Galicia toda. Seguro estoy de que, con motivo de alguna próxima conmemoración cronológica, ya se piensa en ello. El tiempo apremia, y la obligación más aún.

Descartado el tema bio-bibliográfico, permanecía fija en mi mente la idea de escribir algo inspirado en la misión que a sí mismo se impuso Murguía. A la memoria del gran historiador gallego sólo podía ofrendársele una página de historia de Galicia, algo que fuera merecedor de su benévola acogida si viviera, algo que suscitara en su ánimo, henchido de saber, la observación magistral, el comentario estimulador, la enseñanza provechosa y fecunda.

*

* *

Las obligadas andanzas de mi carrera lleváronme a la Nueva España, al viejo imperio azteca, incorporado a la civilización occidental por el esfuerzo heroico, superior a cuanto puede imaginar la epopeya, de un puñado de cruzados cubiertos de pesadas armaduras, y de otro puñado, más pequeño todavía, de hombres vestidos del humilde sayal del religioso. Contemplar el espectáculo de la Conquista y Colonización del Continente Americano, desde la alta meseta del Anáhuac, flanqueada por las nevadas cimas del poético Ixtaxiuhatl, la ingente mole del Popocatepetl y el luminoso cono del Citlaltepétl o pico de Orizaba, equivale a abarcar de una sola ojeada el grandioso escenario en que se

realizó la más estupenda epopeya, imposible de cantar en conjunto, que la historia, casi suplantada por la leyenda en fuerza de parecer inverosímil, va poco a poco escribiendo con mano de hierro bañada de luz cegadora. La clave de la historia española de Ultramar está en Méjico. La loca aventura de Cortés y sus quinientos cincuenta compañeros de armas que acometieron la conquista de un país “doce veces más grande que Inglaterra —dice Lummis— muchos años antes que la primera expedición inglesa hubiese siquiera visto la Costa donde iba a fundar colonias en el Nuevo Mundo”, es el punto de partida, la prótasis del maravilloso poema. Seducido por el espectáculo, me acometió la idea de escudriñar, esclarecer y justipreciar la parte que los gallegos tuvieron en estos heroicos hechos y hazañas, de los cuales dice el veracísimo Bernal Díaz del Castillo, que no han menester, para sublimarlas, retórica muy subida ni razones alambicadas, porque para “tomar melodía y sabor de ellas los curiosos lectores que las leyeren” basta contarlas llanamente, con la ayuda de Dios y respeto profundo a la verdad. No hay, en la larga lista de historiadores del Descubrimiento y Conquista de las Indias Occidentales ninguno que aventaje, ni siquiera iguale, al autor de la “Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España”, en probidad y honradez narrativas. Menéndez Pelayo se preguntaba si existe en la literatura universal otro libro de igual mérito que, como el de Bernal Díaz, sea crónica escrita por un simple soldado, toda verdad, toda exactitud, toda plena y estoica sinceridad. Y sólo hallaba la crónica de Ramón Muntaner: la “Expedició dels Catalans a Orient”. Cierto. Reconoce Carlos Pereyra, el culto historiador mejicano, que entre las crónicas destinadas a relatar la epopeya de los Conquistadores de América, la de Bernal Díaz sobresale, sin que otra pueda rivalizar con ella, como no sea una con la que no rivaliza tal vez ni la del mismo Bernal Díaz del Castillo: la “Florida” del Inca Garcilaso de la Vega”.

Del brazo firme de Bernal Díaz del Castillo fui me adentrando por las tierras ubérrimas en que pusieron su planta los Conquistadores, el Jueves Santo, —21 de Abril de 1519— teniéndole por guía en aquel oceano de verdura, convertido en oceano de flores en la época de las lluvias, viendo desaparecer, al oriente, el mar de ópalo del Golfo, tras las dunas y médanos de la orilla, mientras al poniente y al norte se yerguen las montañas abru-

madás de vegetación, que deja apenas entrever sus rocas calcáreas, en cuyas aristas se quiebra la luz con reflejos cegadores. Anté mis ojos desfilan los “valerosos capitanes y fuertes y esforzados soldados que —dice Bernal— pasamos desde la isla de Cuba con el venturoso é animoso don Hernando Cortés, que después de ganado Méjico fué Marqués del Valle y tuvo otros ditados”. Bernal Díaz va diciendo sus nombres, uno a uno, con sus rasgos característicos y algunos anecdóticos, extendiéndose en la alabanza de los que, como Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Francisco de Montejo, Juan de Escalante, Alonso de Avila, Andrés de Tapia, Francisco de Lugo, Diego de Ordáx, y otros insignes caudillos, alcanzaron en la historia categoría de héroes epónimos de esta epopeya. Pero conociendo mi afán de dar con algún paisano mío en la cohorte, siguió diciendo: “—Y vamos adelante, que también pasó un su compañero —de Francisco Martín Vendaval—, que vivo le llevaron los indios a sacrificar— que se decía Pedro Gallego, y de esto echamos la culpa a Cortés, porque quiso echar una celada a unos escuadrones mejicanos y se la echaron al mismo Cortés, y le arrebataron los dos soldados por mí declarados y los llevaron a sacrificar delante de sus ojos, que no se pudieron valer... E pasó un buen soldado é bien suelto peón que se decía Magallanes, portugués; murió en poder de los indios. E pasó otro portugués, platero; murió en poder de indios. E pasó otro portugués, ya hombre anciano, que se decía Juan Alvarez Rubazo; murió de su muerte. E pasó otro muy esforzado portugués, que se decía Gonzalo Sánchez; murió de su muerte. E pasó otro portugués, vecino que fué de la Puebla, que se decía Gonzalo Rodríguez, persona prominente; murió de su muerte. E pasaron otros dos portugueses, vecinos de la Puebla, que se decían los Villanuevas, altos de cuerpo: no sé que se hicieron e donde murieron. E pasaron dos buenos soldados que se decían por sobrenombre San Juanes: al uno llamábamos San Juan “el Entonado”, por que era muy pretencioso, y murió en poder de indios; y al otro se decía San Juan de Uchila; era gallego y murió de su muerte. E pasó un Pedro Gallego, hombre gracioso e decididor, e tambien tuvo otra venta camino derecho cuando van de la Veracruz a Méjico; murió de su muerte. E pasó otro buen soldado que se decía Ribadeo: gallego; murió en poder de los indios, en lo de Almería. E pasó otro soldado que se decía “el

Galleguito”, porque era chico de cuerpo: murió en poder de indios. E pasó otro soldado, que se decía Alvaro Gallego, vecino que fué de Méjico, cuñado de unos Zamoras; murió de su muerte”.

De la relación que hace Bernal Díaz del Castillo en el capítulo CCV de su “Verdadera Historia” se deducen como ciertos cuatro soldados gallegos entre los quinientos cincuenta que acompañaron a Cortés, y siete portugueses. Tenemos que reconocer que, si no fuera por lo poco que de ellos dice Bernal, no pasarían sus nombres a la Historia.

Pero si entre la gente de guerra que acometió la empresa de conquistar por la fuerza de las armas el vasto imperio azteca, no encontramos una figura de relieve y prestancia heroicas de la que pueda enorgullecerse Galicia, no ocurre lo mismo cuando la atención se fija en el grupo, mucho menos numeroso, de los que se lanzaron a la conquista espiritual de Méjico ganándolo por la predicación, por la humildad, por la práctica y el ejemplo de la virtud y hasta por el martirio, para la civilización cristiana.

No voy a hacer aquí, ciertamente y en manera alguna, la apología del fraile como instrumento civilizador, ni alardear de un proselitismo católico que en los días que corren podría parecer hecho adrede para lograr un efecto político. Mi propósito es más modesto, más concreto, más preciso y más sincero. Se trata de sacar a plena luz la figura de un fraile franciscano, hijo de La Coruña, uno de los “Doce apóstoles” que iniciaron en el Continente americano la evangelización de los aborígenes. Un fraile que alcanzó la gloria de llamarse el “Apóstol de Michoacan y Jalisco”, y además —para mí sobre todo— la de ser el bautizante que dió el nombre de Nueva Galicia a la más rica, fértil y poblada porción de la hermosa tierra mejicana.

Como por otra parte la apología de los “Doce” está hecha en todas las historias mejicanas, incluso en aquellas poco o nada afectas a la obra de España en América, acaso para mejor fijar el contraste con la vida y hechos de los que llegaron después, no ha menester de más justificaciones mi propósito de trazar aquí, con mis pobres medios de expresión, la enérgica silueta de este hombre singular que se llamó Fray Martín de La Coruña, el primer evangelizador de Michoacán y de Jalisco, el inspirador, a lo menos, de la idea de dar el nombre de Nueva Galicia

a la ubérrima tierra jalisciense; silueta casi desconocida hasta ahora en su tierra natal, que sabrá al fin admirarle y venerarle antes como gallego que como fraile, aún cuando por sus virtudes lo merezca plenamente y por todos conceptos.

*

* *

Pero dejemos a Cortés escalando la sierra y cruzando los nevados puertos, camino de Tlaxcala, después de la hazaña sin ejemplo de mandar barrenar los navios en la ensenada de la Villa Rica de Veracruz, dispuesto a caer sobre el valle de Méjico y hacerse dueño de la grande y poderosa ciudad de Tenochtitlán, capital del imperio del gran Moctezuma II el Xocytzin; y dando un pequeño salto adelante en la narración histórica, presenciemos el hecho más insólito y transcendental ocurrido en la historia de la Conquista después de la toma de la capital azteca el 13 de Agosto de 1521: el desembarco en Veracruz de los doce primeros misioneros españoles.

Antes que los tres venerables Padres Flamencos —Fran Juan de Tecto, guardián del convento de San Francisco de Gante; Fr. Juan de Aora, y el famoso lego Fr. Pedro de Gante, apellidado Fr. Pedro de Mura, que se decía pariente del Emperador Carlos V— fuesen escogidos y despachados para entender, sin la menor tardanza, en la conversión de los indios de la Nueva España, el Ministro General de la Orden Franciscana, Fr. Pablo Soncinna, actuando en virtud de las cartas del Emperador en que le hacía presentes las facultades que le concediera el Sumo Pontífice Adriano VI, para proveer sus nuevos dominios de Indias de ministros idóneos y dando preferencia para esta labor a los monjes de la Seráfica religión de los menores, había dado el más pronto expediente a los deseos de Su Católica Majestad. Al efecto, ya se habían movido para trasladarse a la Nueva España, dos religiosos muy ejemplares y de los más autorizados del instituto franciscano: Fr. Juan Clapión, flamenco, confesor que había sido del Rey, y Fr. Francisco de los Angeles y Quiñones, español, de muy ilustre nacimiento. Concertados ambos —refiere el Padre Beaumont— para ejercitar su celo apostólico en las nuevas tie-

rras descubiertas, atraídos de la noticia de la mies copiosa que en ellas habían de encontrar, siendo innumerable la gente idólatra que la habitaba, consiguieron un "motu proprio", con grandes y extraordinarias facultades, del Sumo Pontífice León X, pero se malograron sus designios, porque cuando se disponían a su ejecución, fué asaltado de la muerte Fray Juan Clapión el año siguiente, de 1522, en la ciudad de Valladolid, y en la congregación intermedia que se celebró en el mismo año de 1522—Congregación de toda Orden observante—salió electo comisario de toda la familia ultramontana el R. P. Fr. Franciscano de los Angeles Quiñones. Conformóse este prelado con la voluntad de Dios y el deseo de sus súbditos y trató de dar cumplimiento al impor aute cargo que se le había conferido por el Ministro General de la Orden. Llegó el tiempo de la celebración del Capítulo General, que conforme a disposición de S. S. el Papa León X, había de ser de seis en seis años, comprendiendo al de 1523 en que cumplía su sexenio el Rvmo. P. Ministro General, Fr. Pablo Soncinna. Verificóse el Capítulo en el Convento de Burgos, el domingo de Pentecostés, resultando elegido, con general aceptación de todos los vocales, Fr. Francisco de los Angeles Quiñones, quien, no pudiendo poner por obra su viaje a las Indias, en el que tenía toda su ilusión, impedido por su oficio de Ministro General, no quiso dilatar ni un momento la designación de quienes habían de sustituirle en el cumplimiento de su misión en tierra indiana. Para ello después de besar la mano de Su Majestad Imperial el Sr. D. Carlos V, en Valladolid, y de concertar con él y su Consejo de Indias todo lo conducente para el pronto despacho de una misión de religiosos franciscanos, destinada a la conversión de los indios de la Nueva España, se encaminó para la provincia de San Gabriel, con el designio de escoger entre aquellos religiosos doce varones verdaderamente apostólicos que llenasen sus santos deseos, dándoles un prelado virtuoso y docto que pudiese mantener la dignidad de Legado Apostólico en todo su esplendor y gobernar sus doce súbditos y demás operarios franciscanos que fuesen a la Nueva España, con celo y edificación. Nombró por Comisario de esta primera misión al venerable padre Fr. Martín de Valencia, religioso de gran virtud y mérito que había concluido su oficio de Ministro provincial de la Provincia de San Gabriel con crédito y distinción. Señalóle el Padre General Quiñones doce súbditos de señalada vida; diez sacerdotes

y dos legos, cuyos nombres eran: Fr. Martín de La Coruña; Fr. Antonio de Ciudad-Rodrigo; Fr. José de La Coruña; Fray Juan Juárez, a quien el ilustrísimo Gonzaga llamaba Fr. Antonio, en el convento de Belbís; Fr. Toribio de Benavente, más tarde el célebre "Padre Motolinia"; Fr. García de Cisneros; Fr. Francisco de Soto y Fr. Luis de Fuensalida, predicadores; Fr. Juan de Rivas, Sacerdote, y Fr. Francisco Jiménez, cronista; Fr. Bernardino de la Torre y Fr. Andrés de Córdoba, legos. Los once primeros, "profesos en la Provincia de Santiago", que se habían pasado a la fundación de la recolección en la provincia de San Gabriel.

Colectados ya con sumo cuidado estos varones apostólicos, con su santo prelado a la cabeza, y juntos en el Convento de Santa María de los Angeles, el Padre General Fr. Francisco de los Angeles Quiñones instituyó el V. P. Fr. Martín de Valencia por su superior, dándole el título de custodio de aquella Santa misión que enviaba a "Yucatán y demás partes de las Indias Occidentales"; dejóle una instrucción muy extensa sobre el modo que debía observar en el gobierno de sus nuevos súbditos, indicándole varias reglas y disposiciones para trabajar más provechosamente en la redención de los Gentiles, la que firmó el día de San Francisco el año 1523, así como la patente y obediencia para él y sus compañeros, fecha 30 de Octubre del mismo año. Y así fué erigida la custodia del Santo Evangelio en Méjico primera institución católica en el Continente—y fué el P. Fr. Martín de Valencia instituido su primer Custodio.

Partieron estos benditos misioneros para la santa jornada de Méjico del Convento de Santa María de los Angeles, el primero de la Provincia de San Gabriel, y fueron al de Belbís a despedirse. Llegaron a Sevilla días antes del de la Concepción de Nuestra Señora, a donde llegará también el General de la Orden, deteniéndose allí en espera de Fr. José de la Coruña, enviado a la Corte del Emperador en busca de ciertos despachos que se habían de llevar a las Indias, dando con esto lugar a que se detuvieran en Sevilla hasta la Pascua de Reyes. Allí, Fr. Bernardino de la Torre se excusó de hacer el viaje, siendo sustituido por otro hermano lego, Fr. Juan de Palos, portero del Convento de Sevilla. Salieron, al fin, de Sevilla, estos varones de elección y primeros apóstoles de las Indias, después de tomar la bendición de su prelado, quien quiso hallarse presente, dándoles con

la suya la del Sumo Pontífice Adriano VI, que por sus letras apostólicas les concedía. Obligado a permanecer en España Fray José de La Coruña, redujose a doce el número de estos santos misioneros, incluso su director y custodio; y estando todo dispuesto, en definitiva, subieron al barco que había de conducirles al puerto de la Veracruz, en el de Sanlúcar de Barrameda el 25 de Enero de 1524, cuando ya había fallecido el Papa Adriano VI y ocupaba el solio pontificio Clemente VII, siendo la fiesta de la Conversión del Apóstol San Pablo. Navegaron con próspero suceso, y a 13 de Mayo del mismo año de 1524, entraron en el puerto de la Vera-Cruz, el víspera de la vigilia del Espíritu Santo, con cuyo celestial auxilio les sopló viento tan propicio y favorable en todo aquel viaje que siempre caminaron con una tranquilidad nunca visto ni oída en aquella travesía.

Cuenta Bernal Díaz del Castillo "cómo vinieron al puerto de la Vera-Cruz doce frailes franciscanos de muy santa vida, y venía por su Vicario y guardián Fr. Martín de Valencia, y era tan buen religioso que había fama que hacía milagros". El recibimiento que hizo Cortés a los doce apóstoles de la Nueva España constituye una de las páginas más bellas y ejemplares de su admirable vida. Oigamos a Bernal: "Como Cortés supo que estaban en el puerto de la Vera-Cruz, mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivían los españoles, que por donde viniesen les barriesen los caminos, y donde pesasen les hiciesen ranchos, si fuese en el campo; en el poblado, cuando llegasen a las villas o pueblos de indios, que les saliesen a recibir y les repicasen las campanas, que en aquella sazón había en cada pueblo, y que todos, comunmente, después de les haber recibido, les hiciesen mucho acato, y que los naturales les llevasen candelas de cera encendidas, y con las cruces que hubiese y con más humildad y porque los indios lo viesan, para que tomasen ejemplo, mandó a los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos, y aún Cortés les envió al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente. Y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de Méjico, el mismo Cortés, acompañado de nuestros valerosos y esforzados soldados, los salimos a recibir; juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el Señor de Méjico, con todos los demás principales mejicanos que había, y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que llegaban, se apeó del caballo, y

todos nosotros juntamente con él; y ya que nos encontramos con los reverendos religiosos, el primero que se arrodilló delante de Fr. Martín de Valencia, fué Cortés, y él no lo consintió, y le besó los hábitos, y a todos los demás religiosos, y así hicimos los demás Capitanes y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los señores de Méjico. Y desde el Guatemuz y los demás caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besarle las manos, espantáronse en gran manera, y como vieran a los frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino a pie y muy amarillos, y ver a Cortés, que le tenían por ídolo o cosa como sus dioses, arrodillado delante de ellos, desde entonces toman ejemplo todos los indios, que cuando ahora vienen religiosas les hacen aquellos recibimientos y acatos según de la manera que tengo dicho; y más digo, que cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba, que siempre tenía la gorra en la mano quitada, y en todo les tenían gran acato; y ciertamente estos buenos religiosos franciscanos hicieron mucho fruto en toda la nueva España.”

No era fingida la veneración que Cortés mostraba a aquellos doce seráficos varones; porque aunque entrase en sus miras la política a seguir con los indios, es lo cierto que desde el primer momento la más leal colaboración y la más fecunda identidad de miras se establecieron entre el Conquistador y los Doce apóstoles de la Nueva España. Ellos fueron sus amigos y defensores en todo momento, especialmente en aquellos en que parecía eclipsarse la estrella de Cortés y se concitaran contra él las más viles pasiones de los enemigos de su gloria y de su genio.

*

* *

Entre los doce varones apostólicos que, bajo la dirección del Venerable Padre Fr. Martín de Valencia, iniciaron la evangelización de los indios de la Nueva España, figura el que iba a ser el Apóstol de los Reinos de Michoacán y Jalisco, luego Nueva Galicia, Fr. Martín de Jesús o de La Coruña.

Escasos son los datos biográficos que aportan los cronistas de

la Orden Franciscana relativos a los años que precedieron a la llegada de Fr. Martín de La Coruña a las tierras de la Nueva España. He consultado el ilustrísimo Gonzaga, (Provincia de Michoacán-Daza, Libro 2, f.º 66); el Padre Alonso de la Rea ("Crónica de la Orden de N. Seráfico Padre San Francisco, provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, en la Nueva España, 1639), el P. Fr. Jerónimo de Mendieta, de la Orden de San Francisco ("Historia Eclesiástica Indiana", publicada por don Joaquín García Icazbalceta, Méjico 1870), el P. Fr. Juan de Torquemada, Ministro Provincial de la Orden de N. S. P. San Francisco en la provincia del Santo Evangelio de Méjico ("Monarquía Indiana", Madrid 1723), el P. Fr. Pablo de Beaumont ("Crónica de la provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán", 1780), y, finalmente, la interesante "Crónica Miscelánea" del P. Fr. Antonio Tello, (obra rara y valiosísima en que se trata de "la Conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Jalisco, en el Nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya, y descubrimiento del Nuevo Méjico", publicada en 1891 por la imprenta de "La República Literaria" de Ciro de Guevara y Compañía, Guadalajara, Jalisco), y en ninguno de estos autores he logrado hallar noticia alguna relativa a la fecha del nacimiento y a los padres y familiares de este hombre singular, verdadera gloria de Galicia, y de La Coruña, especialmente.

El Padre Beaumont, en el decurso de su admirable Crónica alude frecuentemente a la biografía de Fr. Martín de La Coruña, inserta en su "Aparato". Pero habiéndose perdido éste, sólo en las obras del Padre Tello, del Padre la Rea y la famosa de Torquemada he encontrado los datos que utilizo para reconstruir en lo posible tan excelsa figura. No debo omitir al Padre Mendieta, de quien parece haber copiado el Padre La Rea la biografía de Fr. Martín de La Coruña, y al Padre Mariano Cuevas S. J., cuya "Historia de la Iglesia en México", publicada en Tlalpan, D. F., en 1921, aporta noticias sobre la época en que vivió el Apóstol de Michoacán y Jalisco sumamente interesantes.

Según el Padre La Rea en su "Vida del Apostólico P. Fr. Martín de Jesús, fundador de esta provincia de Michoacán" (Capítulo XX, pág. 86), fué nuestro biografiado, natural de La Coruña, cabecera del Reino de Galicia, y se llamó con este apellido Fray

Martín de LaCoruña; y pasándose a estas partes, mudó de nombre, vida, costumbres y ministerio, y se llamó de Jesús. Tomó el hábito en la provincia de Santiago, venerable depósito de las mayores letras y espejo de la mejor observancia, y aunque había mucho que decir (según se lamenta el autor de la "Monarquía Indiana"), de sus fervorosos principios, cesa esta dicha por faltar la noticia. Porque como aquellos ilustres varones se ocuparon en el ministerio de la conversión, no cuidaron de apuntarla o darla a la estampa. Y como la historia, según la define Cicerón, es testigo de los tiempos, luz de la verdad y vida de la memoria, maestra de la vida y mensajera de lo pasado, faltando ella, falta a la nuestra lo mucho que hubo en las virtudes de nuestro apostólico fundador. Pero siguiendo por las huellas que imprimió en Michoacán y Jalisco, el rastro de sus virtudes, diré lo que hizo en esta provincia, y el cronista de Jalisco lo que en la suya".

La Crónica del Padre Tello, es, sin duda alguna, la primera historia de la Conquista de la Nueva Galicia que haya sido escrita. Mota Padilla, el historiador jalisciense, asegura que data de 1650 o 1651, y el señor García Icazbalceta deduce de varios datos referentes a la vida del docto franciscano que tenía éste, cuando compuso su obra, ochenta y seis años. Siendo así, claro que el Padre Tello pudo conversar con los mismos conquistadores y con los primeros evangelizadores, sus maestros, y recoger de sus propios labios las noticias que en su libro consigna. La expedición de Nuño de Guzmán, conquistador de la Nueva Galicia, comenzó en 1530, fecha de su entrada en el valle de Cuina; en 1541 sufrió la ciudad de Guadalajara, situada entonces en el lugar llamado Taclotán, una terrible acometida de los indios; y en 1542 se libraron las batallas de Nochistlán en donde perdió la vida Pedro de Alvarado—y del Mixton, con las que puede darse por concluida la conquista. El Padre Tello, que nació en la misma Guadalajara hacia el año 1548, esto es, seis años, tan sólo, después de dichas batallas, pudo conversar con personas que tomaron parte en ellas o las presenciaron, y adquirir, por informes auténticos, el conocimiento de los hechos que con tanta precisión como arte relata en su documentada "Crónica".

Por cierto que el hallazgo de la "Crónica" del Padre Tello merece referirse por lo que tiene de providencial. Cuando en

1780 escribió el Padre Beaumont su documentada y extensa "Crónica de Michoacán", en la que tan reiteradamente se alude a la "Crónica Miscelánea del Padre Tello, estaba perdido este precioso documento. El licenciado de la Mota Padilla, en su "Historia de la Conquista de la Nueva Galicia", se refiere asimismo a la obra del Padre Tello a cada paso; pero estando manuscrita, pareció perdida para la posteridad hasta que una verdadera casualidad la puso en manos del erudito don Nicolás León, editor y redactor del "Museo Michoacano", quien revolviendo un día papeles viejos en la tienda de un especiero, halló por pura coincidencia el abultado pliego, revuelto con otros comprados al peso para envolver las ventas al menudeo. Ocurrió el hallazgo allá por los años 1885 a 1888, y gracias a él pudo don José López Portillo emprender la publicación de la "Crónica Miscelánea", de la que, por desdicha, sólo vió la luz el segundo libro.

El primero que, según noticias que se tienen, parece haber sido consagrado a tratar de la prehistoria de la Nueva España, ha desaparecido. El tercero anda publicado, pero afirma el señor López Portillo que ni es composición del P. Tello, ni tiene un interés general que valga la pena de ser reproducido. Este libro tercero contiene las biografías de los misioneros franciscanos que evangelizaron a una parte de las tierras de la Nueva Galicia. Estas biografías están, en su mayor parte, insertas en las Crónicas del Padre Mendieta y del Padre La Rea. El libro segundo cuyo manuscrito conoció el Padre Beaumont, lleva el título siguiente: "Extracto del libro segundo de la Crónica Miscelánea de la Conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Jalisco en el Nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya, y descubrimiento del Nuevo Méjico, y de todo lo sucedido en estas conquistas como en los varios sucesos que ha habido en este Reino hasta el año 1653, por el Padre Fray Antonio Tello, cronista de esta provincia". Esta larga referencia interpolada en mi labor se justifica por el hecho de que los materiales de que principalmente me he servido para darle cima, están tomados de la obra del Padre Tello. "Al pasar la vista por las bellas páginas de la "Crónica Miscelánea", —dice José López Portillo en su prólogo—, escrita por un indio, hijo del país conquistado, a los ocho o diez años de consumada la conquista, se experimenta la sensación de lo maravilloso y de lo

veraz, en su más pura y bella desnudez. No hubiera sido posible hallar, en aquellos tiempos, historiador más idóneo que el Padre Tello, para escribir los hechos heroicos de aquellos doce santos apóstoles que llegaron a Méjico los primeros, a renovar, mil quinientos años después, las milagrosas hazañas realizadas por los doce pescadores que, escogidos por Cristo en la orilla del mar de Galilea, se esparcieron por el viejo mundo, con el Evangelio en la mano, conquistándolo para la civilización cristiana. Al pasar los ojos por estas páginas y leer los hechos de aquellos benditos Padres que se llamaron Fr. Martín de La Coruña, Fr. Juan Vadillo y Fr. Miguel de Bolonia, primeros apóstoles de la Nueva Galicia, siéntese soplar sobre el libro el divino ambiente de la primera centuria cristiana; y al leer el martirio de Fr. Juan de Padilla, Fr. Juan de la Cruz, Fr. Luis de Ubeda, Fr. Juan de Santa María, Fr. Agustín Rodríguez, Fr. Francisco López y tantos otros varones esforzados que dieron la vida en defensa de la fé, parece que se registran anales guerreros, orgullosos de contener tantos nombres ilustres y tantas narraciones magnánimas. Legendarios parecen los hechos realizados por aquellos sencillos Misioneros que, vestidos de tosco sayal, descalzos, con un bordón en la mano y sin más arma que un Crucifijo, se internaron por tierras ignotas, con el afán de derramar la luz del Evangelio entre las naciones gentiles, dominados por el santo celo del bien de las almas, y sin aspirar a más gloria que la de bautizar paganos y levantar templos, derribar ídolos, borrar hábitos sangrientos, destruir la poligamia y la antropofagia, predicar la castidad y hacer que todas las almas suspirasen por el cielo. No hay sacrificio ni grandeza superior a los de aquellos humildes paladines de la fé. Fr. Marcos de Niza anda más de mil cuatrocientas leguas a pie y descalzo, predicando la Buena Nueva; Fr. Francisco Lorenzo, corriendo en pos de conversiones, apenas come, apenas descansa, duerme al raso casi de continuo, acostándose sobre la mitad de su manto, tapándose con la otra mitad y reclinando su cabeza sobre haces de hierbas secas; Fr. Juan de Padilla, el inseparable compañero, gemelo espiritual del santo fundador, Fr. Martín de La Coruña, recibe el martirio en el Tiguex, de rodillas, acribillado de flechas y orando por sus mismos verdugos...

*

* *

Llegados a Méjico los doce religiosos franciscanos fueron hospedados por Cortés en su propia casa y agasajados por él con extremadas muestras de respeto y veneración. A los quince días de su estancia, Fr. Martín de Valencia convocó á Capitulo el día de la Visitación de Nuestra Señora. Los asistentes al Capitulo fueron en número de diez y siete, por haberse agregado a la misión de los doce, los tres padres flamencos que estaban en Tezcucuo empleados en su santo ministerio, y los dos más que habían venido de las Antillas y andaban con los españoles sirviéndoles de capellanes. Se procedió en el Capitulo a la elección de Custodio, recayendo por unanimidad en el venerable Fr. Martín de Valencia. Hecha la elección, considerando el celoso prelado haberle destinado el cielo, con sus compañeros, para fundadores de la fé y de la Religión Cristiana en aquella parte del Nuevo Mundo, hizo repartición de ellos, como Cristo, quedándose él en Méjico con cuatro religiosos. A los otros doce los repartió, de cuatro en cuatro, entre las ciudades de Tezcucuo, Tlaxcala y Huexotzingo, que, con la de Tenochtitlán —Méjico— fueron las cuatro misiones primordiales de la fé en la Nueva España. En aquella época eran dichas ciudades, después de Méjico, las más populosas de toda la tierra descubierta, porque Tezcucuo, tenía más de treinta mil vecinos, sin contar quince provincias que le estaban sujetas; Tlaxcala, con sus cantones, tenía más de doscientos mil, y Huexotzingo, ochenta mil. Junto a su prelado permaneció en Méjico Fr. Martín de La Coruña hasta que llegó el día glorioso en que fué a comenzar su apostolado en Michoacán.

El primer español, del ejército de Cortés, que visitó la tierra michoacana, fué el soldado Parrillas, proveedor de gallinas del pueblo de Matlalzingo. Buscando ampliar su comercio, se internó en la región de Jilotepee y volvió con dos indios y alguna plata y oro que le dieron, causando gran contento a Cortés, que despachó a los indios con algunos presentes. Determinó entonces el caudillo descubrir las tierras de Michoacán y demás vecinas del mar del Sur, y para ello escogió al Alférez Montaña y otros tres castellanos, que tenía por hombres de discreción y valor, y dándoles por acompañantes veinte señores indios, con un intérprete que sabía las tres lenguas, mejicana, otomí y tarasca, les entregó muchas cosas de rescate y les encargó que procurasen ver y hablar al rey de aquellas tierras y tratar amistosamente con él, informándole de quienes eran el Sumo Pontífice y el

Rey de Castilla, desengañándoles de las muchas cosas en que estaban ciegos e induciéndoles a convertirse y someterse a la Autoridad del Emperador, como vasallos suyos. Montaña y sus compañeros, después de un viaje feliz, durante el cual fueron obsequiados por los indios, que les acogieron con grandes muestras de amistad y respeto, llegaron a la ciudad de Tzintzuntzan, corte del rey de Michoacán, quien, receloso al principio, les recibió después con afecto, y los aposentó y regaló hasta cerciorarse del verdadero objeto de su viaje. —“Antes de comer”— dice el Alférez Montaña en su relación— “salió el rey con gran majestad a verlos, y haciéndole señales de paz, no les consintió llegar a él, y sólo les hizo saber que reposasen y luego volvería a hablarles despacio”. Era rey de Michoacán el gran Caltzontzi-Sinsicha —Caltzontzi, esto es, calzado con “catle”, o el que nunca se descalza en señal de vasallaje—, enemigo de Moctezuma y aficionado, por lo tanto, a los españoles. Inducido por Montaña, que logró ganar rápidamente su confianza, determinó Caltzontzi corresponder a la visita, enviando a varios señores de su reino, y al frente de ellos su hermano, único que le quedara y al que había perdonado la vida, cuando niño, al quitársela a los otros a fin de reinar sin posibles rivales, encargándoles que cumplimentasen al general y visitasen a los demás españoles en su nombre, dándoles obediencia, solicitando su amistad y protección y ofreciendo rendir vasallaje al poderoso Rey de los cristianos.

Y más tarde, impulsado por el temor o guiado por la buena correspondencia que su hermano y compañeros reconocieron en Cortés, pasó el mismo Caltzontzi-Sinsicha a Coyoacán, presentándose al general español, que le acogió con grandes extremos de amistad al saber por él que los naturales de Michoacán deseaban conservar la paz y la buena armonía con los españoles, quedando desde aquel momento estipulado el vasallaje de Caltzontzi y su reino al rey de Castilla, la Católica Majestad del Emperador.

En la carta-relación que Cortés dirige al rey, fechada en Coyoacán a 15 de Mayo de 1522, dice que teniendo noticia de que a unas setenta leguas de Tenochtitlán (Méjico) había un gran señor de una muy grande provincia que se dice Michoacán, despachó cuatro españoles, dos por ciertas provincias y los otros dos por otras, e informado de las vías que habían de llevar, y dádoles personas de nuestros amigos que les guiasen. Y les man-

dó que no parasen hasta llegar a la mar, y que en descubriéndola, tomasen la posesión real y corporalmente en nombre de Su Majestad; y los unos anduvieron cerca de ciento treinta leguas por muchas y buenas provincias, sin recibir ningún estorbo, y llegaron a la mar, y tomaron posesión de ella, y en señal pusieron cruces en la costa de ella. Y añade: "Asimismo vinieron a esta sazón los dos españoles que habían ido a la provincia de Michoacán, por donde los mensajeros que el señor de allí me había enviado, me habían dicho que también por aquella parte se podía ir a la mar del Sur, salvo que había de ser por tierras de un señor que no era su amigo; y con los dos españoles vino un hermano del señor de Michoacán y con él otros principales y servidores, que pasaban de mil personas, a las cuales yo recibí mostrándoles mucho amor, y de parte del señor de la dicha provincia, que se dice Caltzontzi, me dieron para V. M. un presente de rodelas de plata y otras muchas cosas..."

Obsesionado Cortés por el afán de descubrir y dominar el llamado mar del Sur, a este propósito consagró lo mejor de su vida, comenzando por enviar a Cristóbal de Olid a conquistar la provincia de Colima. Pero advirtiéndole ya ciertas veleidades en el carácter y la conducta de Olid, que más tarde culminaron en su desgraciada aventura de las Hibueras, dióle por compañero al fiel y valeroso Gonzalo de Sandoval, que conquistó rápidamente los pueblos de Colimantlec, Zihuatlán y otros de la fértil provincia de Ipancingo, que se entregaron como vasallos del rey de Castilla.

Sellado el pacto de vasallaje de Caltzontzi al Emperador, se abstuvo Cortés de molestar a los de Michoacán con incursiones y visitas interesadas, manteniéndose la amistad y buena armonía entre españoles y michoacanos mientras Cortés tuvo el mando directo de sus huestes, es decir, por dos años más a partir de estos sucesos.

*

* *

Entre tanto, a fines del año 1522 aportaron al continente, como se ha dicho, los tres religiosos flamencos de la regular observancia, Fr. Juan de Tecto, Fr. Juan de Aora y el célebre Fr. Pedro de Gante, primer evangelizado de los indios, fundador de la primera escuela indígena que hubo en América. A principios del

año 1524, el 13 de Mayo, llegó la misión de los doce presidida por Fr. Martín de Valencia, el cual, como se ha dicho, a los quince días de su llegada a Tenochtitlán, convocó a Capitulo, que se celebró el día de la Visitación de Nuestra Señora. Así que los padres flamencos tornaron a su misión de Tezcuso, encamináronse los demás a sus respectivos destinos, y después de despedirse de su prelado —dice el padre Beaumont— con tiernas lágrimas, tomaron la derrota que se les señaló a cada uno.

Junto a Fr. Martín de Valencia permaneció Fr. Martín de La Coruña, en quien veían los demás como el sucesor o segundo de aquél, atendiendo a los infinitos menesteres que la predicación, la catequesis y la aplicación de los Sacramentos imponía a su celo apostólico, hasta que sabedor de estas novedades el rey de Michoacán, no quiso ser el último en solicitar para su reino ministros evangélicos que le alumbrasen la luz de la fe, y aún para sí mismo la gracia del Bautismo. Pasó, pues, a Méjico, y puesto en relación directa con Fr. Martín de Valencia, se preparó el rey Caltzontzi para ingresar en la grey Cristiana, labor que es de creer tomara a su piadoso cargo Fr. Martín de La Coruña, recibiendo al fin el agua bautismal de manos del venerable Fr. Martín de Valencia, que le puso el nombre cristiano de Francisco, en honor del Seráfico Fundador de la Orden, siendo conocido desde entonces el que era Sinsicha-Tangajuan por el nombre de D. Francisco Caltzontzi.

Habiéndole hecho presentes a Fr. Martín de Valencia sus deseos de que le diese algunos de sus compañeros para que enseñasen la Ley de Dios a sus vasallos, accedió a ello el santo Custodio, designando para tan alto empeño al R. Padre Fr. Martín de La Coruña, quien pasó sin dilación a Michoacán llevando consigo a cinco compañeros, que fueron: Fr. Angel de Saliceto o Saucedo, después conocido por Fr. Angel de Valencia debido a ser de esta provincia; Fr. Gerónimo de la Cruz, de la provincia de San Gabriel o Andalucía; Fr. Juan Vadiano o Vadillo, francés, de la provincia de Aquitania la antigua; Fr. Miguel de Bolonia, flamenco, y Fr. Juan de Padilla, de la provincia de Andalucía.

Cuando estos misioneros se pusieron en viaje para Michoacán, ya Cortés se había ausentado camino de las Hibueras, al frente de aquella expedición organizada para sojuzgar a Cristóbal de Olid que se declarara en rebeldía. Encontrábase la ciudad de Méjico entregada a las depredaciones e injusticias,

pasiones y escándalos de los oficiales reales, el tesorero Alonso de Estrada, el contador Rodrigo de Albornoz, el licenciado Alonso Zuazo, encargado de las cosas de justicia, el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Peralmindez Chirinos de Ubeda. Los atropellos, depredaciones y crímenes cometidos por todos ellos, fueron de tal cuantía, que parece milagro que los indios no se hubiesen aprovechado del malestar general para acabar con los españoles que había en Tenochtitlán, ya que armas y aparejo tenían para ello. Sin duda la enorme influencia que sobre los indios ejercían los misioneros franciscanos hubo de evitarlo, ya que no es creíble lo que dice Gómara, que esperaban que Cuahatemoc se lo ordenase cuando él hubiera muerto a Cortés, a quien acompañaba en su expedición a las Hibueras.

Tardó Cortés en tornar a Méjico desde Octubre de 1524 a Junio de 1526, cuando ya se había esparcido el rumor de su muerte, y por lo tanto, de su imposible retorno. Entretanto Gonzalo de Salazar y Peralmindez Chirinos, alzados con el poder, suspendieron y revocaron de sus cargos y funciones a los tenientes gobernadores Estrada y Albornoz; enviaron al licenciado Alonso de Zuazo en una acémila y con grillos y cadenas a Veracruz, para embarcarlo con rumbo a la Isla de Cuba a dar allí cuenta de cierta residencia; prendieron, torturaron y ahorcaron a Rodrigo de Paz, primo y mayordomo de Cortés, apoderándose de las casas de éste, con la artillería, armas, ropas y cuanto en ellas había; obligaron por la fuerza a Francisco de las Casas, cuñado de Cortés, a embarcarse para España, y solo cuando Martín Dorantes mozo de espuelas del conquistador de la Nueva España llegó a Méjico con cartas y poderes de Cortés, nombrando gobernadores a Francisco de las Casas y Pedro de Alvarado, tuvo fin la feroz anarquía entronizada por el gobierno de Méjico, contribuyendo a lograr este éxito los acertados consejos de los padres de San Francisco, en cuyo convento se refugió Dorantes sin ser visto. Restituídos en su cargo de tenientes gobernadores Estrada y Albornoz, por ausencia de Alvarado y Francisco de las Casas, gobernaron en relativa paz, hasta que informado Cortés en Honduras por Fr. Diego Altamirano, franciscano y primo suyo, "hombre de negocios y honra" como le llama Gomara, de los inauditos sucesos acaecidos en Méjico durante su ausencia, resolvió regresar allá prontamente, embarcándose en el puerto de Trujillo el 25 de Abril de

1926 para llegar a Tenochtitlán a principios de Junio del mismo año.

A comienzos del año 1525 emprendieron el viaje a Michoacán Fr. Martín de La Coruña y sus cinco compañeros, sin más aparato que el ornamento y lo demás necesario para celebrar el Sacrificio de la Misa, a pie, con su báculo y su cruz en la mano, el breviario colgado de la cuerda y sin más abrigo de ropa que su hábito y su manto. Les acompañaba el rey Francisco Caltzontzi con numerosa comitiva. En todos los lugares, con aviso del rey, salían a recibirles con extrañas demostraciones de alegría, y a imitación de su príncipe, trataban a los religiosos con suma atención y reverencia.

Llegados que fueron a Tzintzuntzán, se hospedaron en el palacio del rey, a quien pidieron les señalase un lugar para fundar su Iglesia y su pobre hospicio. Escogido el lugar, se levantó la Iglesia, toda de madera, y se formó el convento de celdas pajizas, al tamaño y nivel de la santa pobreza franciscana. Puso Fr. Martín por titular de aquella Iglesia, la primera fundada en Michoacán, a la gloriosa Santa Ana, madre de la Virgen María, celebrándose la primera misa con toda la pompa posible.

“Se viene a los ojos —dice el Padre Beaumont— los trabajos que tendría el gran héroe Fr. Martín de La Coruña, y sus piadosos compañeros, y cuantos conatos pusieron con invencible fortaleza para mitigar y suavizar los ánimos de los naturales, aún atados con las prisiones de la barbarie, a la impiedad y a la idolatría”. Y más adelante: “Dificultaron aquellos días, primeros, dar crédito al ministro evangélico, porque se les hacía imposible desamparar aquella ley en que se había criado y habían observado todos sus antepasados, a lo que se juntaba la suma dificultad que les costaría ajustarse, ya bautizados, a guardar la ley de Cristo, por lo cual se veían constreñidos a dejar la multitud de mujeres que tenían en su gentilidad, la venganza de sus enemigos, y mudar en un todo lo licencioso de sus costumbres, y esto sólo porque se lo persuadían aquellos pobres extranjeros, que miraban con desprecio a la vista de sus sacerdotes, que no eran los que menos se resistían y los que más procuraban mantener al pueblo en sus errores, pues una vez introducida la fé verdadera, quedaban para ellos perdidas todas sus conveniencias y estimaciones. Contra todo este tropel de dificultades se vistió de fortaleza el bendito campeón; y como te-

nia ya ganada la voluntad del rey y de la mayor parte de los caciques y principales, consiguió su fervoroso celo ver arruinado todo el imperio del demonio; logró su apostólica constancia, que a vista de la populosa ciudad de Tzintzuntzán, y en la más numerosa asamblea de sus adoradores, se quebrantasen e hiciesen pedazos todos los ídolos que eran objeto de su falsa religión, sin intimidarse, confiado en la virtud de lo alto por la universal conmoción que escuchaba en aquel numeroso concurso y con que manifestaba el dolor de ver ultrajar a aquellos ídolos, que aún no se habían resuelto a echar de su corazón obstinado. Fueron entregándole todos sus ídolos de oro, plata y piedras preciosas, y quebrantándolos con gran desprecio, haciendo de ellos un gran montón, los arrojó, a la vista de todos, en lo más profundo de aquella laguna, que es la misma de Pátzcuaro. Otros de madera y de curiosas piedras hizo juntar en medio de la plaza, y en una grande pira hizo que el fuego los redujese a cenizas, para que éstas, arrebatadas del viento, les diesen en los ojos y los sacasen de la ceguedad en que tantos años se habían mantenido. Destruídos los ídolos, para que no quedase ningún asilo al demonio en los templos, consiguió que los mismos que antes los habían fabricado con tanto esmero, los demoliesen y arrojasen sus piedras por aquellos suelos; y para que de ninguno de ellos quedase memoria, hizo que el fuego consumiese toda la madera de las puertas y techos y las piedras que antes servían para los sacrificios; con que pudo libremente ir introduciendo en aquellos corazones el catecismo, y, mediante el santo bautismo, pegar y encender aquel fuego que vino a encender Cristo en la tierra.”

*

* *

Fué, pues, nuestro Fray Martín de La Coruña el primer evangelizador de Michoacán, tierra feraz, sostén de gentes valerosas y aguerridas, pero de condición noble y leal, grandes tiradores de arco y muy certeros, en especial los que llaman teuchichimecas, que están debajo o cerca de aquel señorío, a los cuales, según lo refiere Gómara— si yerran la caza, les ponen una vestidura de mujer, que dicen “cucite”, por afrenta.

Puesto Fr. Martín en posesión de su iglesia y convento en la ciudad y corte de Tzintzuntzán, bajo la protección decidida

del rey Francisco Caltzontzi, comenzó —dice el Padre La Rea— a levantar los estandartes de la fe y a batir los de la idolatría, que tan radicados estaban, destruyendo los templos de sus dioses y erigiendo como queda dicho, la primera iglesia bajo la advocación de Santa Ana. En ella celebró la primera misa, a la que asistieron el rey Francisco con los demás señores, mostrando la mayor devoción. Entregóse con el mayor fervor a la predicación evangélica, en lo que le acompañaban sus fieles hermanos en religión, singularmente aquel admirable Fr. Juan de Padilla, que más tarde iba a ser el mártir del Tiguex. Resonaron sus voces en la aspereza de las montañas, lo mismo que en la placidez ubérrima de los valles michoacanos y a la orilla de los maravillosos lagos, cuya fertilidad dió origen al nombre de Michoacán, que quiere decir abundante en pescado.

Con aquella destrucción de ídolos y templos verificada en Tzintzuntzán, que en tan gran sobresalto puso a los michoacanos, quedóse la ciudad —dice el P. Beaumont— y quedáronse sus moradores con la serenidad que suele el cielo después de una gran tormenta, limpio de las tinieblas del error y del engaño de la idolatría, dispuestos a recibir las enseñanzas evangélicas sin la menor resistencia. Aprovechó sagazmente la oportunidad el santo fundador, y con toda presteza dióse a recorrer el país, levantando iglesias, erigiendo altares, fundando conventos y administrando los Sacramentos con la máxima diligencia, de tal suerte que en poco más de un año quedó definitivamente asentada la fe cristiana en todo el reino de Michoacán. “Y así —dice el cronista— todas sus iglesias le deben el reconocimiento que merece el que abre la puerta a tan numerosas conversiones y el que deja asentadas las bases de la confesión como dejó nuestro fundador, pues ha durado hasta hoy y durará, extendiéndose a más dilatadas provincias.”

Estos fueron los comienzos de la que fué más tarde Provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, desprendida de la Provincia del Santo Evangelio de Méjico, erigida de Custodia en Provincia en 1535 al mismo tiempo que se erigía a Michoacán en Custodia. Hasta que esto ocurrió, fué considerado Michoacán tierra de misión, estando al frente de ella Fr. Martín de La Coruña, que tomó entonces el nombre de Fr. Martín de Jesús con que fué conocido en los anales de la Orden.

Mientras sufrían trabajos indecibles las misiones de Tenochtitlán, Texcuco y demás parajes del valle de Méjico bajo la anarquía y desaforada gestión de los usurpadores Gonzalo de Salazar y Peralmindez Chirinos, Michoacán disfrutaba de plena tranquilidad bajo la tutela patriarcal del rey Francisco Caltzontzi, guiado por la seráfica sabiduría de Fray Martín de La Coruña. Eran los franciscanos acérrimos partidarios de Cortés, lo cual constituía a los ojos de los tiránicos gobernadores de Méjico suficiente motivo para perseguirles y vejarlos. En cambio, en Michoacán, “con no menos velocidad —dice el Padre Beaumont— que aquella que gasta el sol en su carrera, iba el venerable y esclarecido Fr. Martín de La Coruña desterrando las opacas sombras de la gentilidad en aquella corte de Tzintzuntzán, cuya población era tan numerosa que casi se extendía por dos leguas.” Siguieron en su conversión al rey Francisco, no sólo los de su familia, sino los caciques y principales del reino, mostrando la fina voluntad con que habían recibido a los ministros evangélicos en ser los primeros en solicitar que se les administrase el Santo Bautismo, como lo evidencia una pintura antigua de los indios de Tzintzuntzán en que se veía a los reyes o caciques principales, Axayacatl y Tzinguanga, con Cuinieranguari y Tzintzún, y sus mujeres, recibiendo las aguas bautismales.

Fué Fr. Martín fundando “visitas” o ermitas, siguiendo a la iglesia y convento de Tzintzuntzán, los de Páztcuaro, Eronguariuco, San Andrés Tizóndaro, San Jerónimo Purenchícuaro, Santa Fe y Cucupao, pueblos todos que están alrededor de la gran laguna de Páztcuaro. “Por todos estos pueblos —relata el cronista franciscano— en ligeras canoas, iban los religiosos a visitar a los enfermos, a convertir a los idólatras, a enseñar la doctrina cristiana, y después que los tuvieron reducidos, habiendo adquirido nuevos ornamentos en Méjico, les decían misa y después les predicaba en su lengua, y recibían, para ser bautizados, a todos los que se hallaban capaces de este Sacramento. Los trabajos y ocupaciones de estos siervos de Dios y de los que a los dos años después vinieron de la Custodia del Santo Evangelio de Méjico a acompañarles, no las dejó la antigüedad ocultas en el silencio, y habiendo de ceñirme, no a las voluntariedades del discurso, sino a la verdad de los sucesos me con-

tentaré con poner en limpio lo que hallare escrito, sin poner cosa alguna que repugne a la historia.”

En el año 1528 llegó a Méjico su primer Obispo, Fr. Juan de Zumárraga, franciscano, de la provincia de la Concepción. El Papa Paulo III le confirió el sacro palio, desmembrando la iglesia de Méjico de la Metropolitana de Sevilla y erigiéndola, a su vez, en Metropolitana de las iglesias de Oajaca, Michoacán, Tlascalá, Guatemala y Ciudad-Real de Chiapas.

En 1530 llegó de España el que había de ser, años después, su primer Custodio, Fray Juan de San Miguel, pasando de allí a Michoacán, donde Fr. Martín de La Coruña continuaba su admirable labor evangélica, teniendo fundadas muchas iglesias, con sus conventitos pobres y estrechos, faltando sólo dar a los pueblos leyes políticas y organizarlos en forma de verdaderas comunidades cristianas. “Todo esto suplió la diligencia de este varón seráfico —refiere el P. Beaumont— que fué el nuevo Licurgo, que estableció leyes a todos los moradores de la tierra de Michoacán. Este fué el que, ya fundada y poblada gran parte de la Sierra, llegando al sitio de Uruapán, viéndole tan ameno y vistoso, lo fundó y puso sus cosas en tal orden que será necesario expresarlas en su particular capitulo.”

Eran las Iglesias franciscanas de Michoacán pobres edificaciones de madera y techo pajizo, y los conventos chozas misérrimas como las de los indios. “Vivían estos siervos de Dios —dice el cronista franciscano— que poblaron la sierra, en estos principios, con tal porte en sus personas, que su vida entre tanta multitud de infieles, fué una viva predicación, y suplió la falta de milagros que hubo en la primitiva Iglesia, el ver virtudes apostólicas en los ministros que les predicaron el evangelio, porque el mayor milagro y la prueba más evidente de la fe católica es, en sentir del señor Solórzano y del Padre José de Acosta, el ver al que la enseña ajeno a la codicia, con descargo de cosas temporales, manso, humilde, mortificado y casto.”

La obra de Fr. Martín de La Coruña, como primer evangelizador de Michoacán, es de una grandeza tal que explica, por sus proporciones, la falta de panegirista capaz de ponderarla. Baste decir que la que más tarde realizó el primer Obispo de Michoacán, el insigne Vasco de Quiroga, no sería posible sin aquel antecedente, porque la ópima cosecha recogida por el célebre prelado es lógica y natural consecuencia de la afanosa y

pacienzuda siembra realizada por F. Martín de La Coruña, que no sólo asentó en la tierra michoacana los indestructibles fundamentos de la religión de Cristo, sino que, con sus leyes y ordenanzas, con sus consejos y lecciones, realizó la primera obra de civilización y trocó en seres libres y pensantes millares de indios chichimecas y tarascos, sumidos hasta entonces en la superstición y la barbarie.

*

* *

Era Nuño de Guzmán gobernador de la provincia de Pánuco cuando el emperador Carlos V hizo chancillería en Méjico, creando la primera Audiencia, a la que recurriesen en sus pleitos y negocios todos los de la Nueva España, amén de servir para quitar y castigar los bandos entre españoles y tomar residencia a Cortés, contra quien se elevaran numerosas quejas en la Corte. Fué designado presidente de la Audiencia y gobernador Nuño de Guzmán, dándole cuatro licenciados por oidores, de los cuales murieron dos antes de posesionarse del cargo, los llamados Alonso de Parada y Francisco Maldonado, quedando sólo los licenciados Martín de Ortiz Matienzo y Diego Delgadillo.

Nacido en la ciudad de Guadalajara, del reino de Toledo, de familia noble y principal, D. Nuño Beltrán de Guzmán, caballero del hábito de Calatrava, licenciado en Jurisprudencia, docto, apuesto e inteligente, reunía las más brillantes condiciones para ser prototipo de gobernantes y espejo de caballeros. Corría por sus venas la muy noble sangre de los Guzmanes de León y de Toral, y había sido nombrado gobernador de Pánuco al mismo tiempo que lo fuera el portugués Simón de Alcazaba para el gobierno de Honduras. En aquel entonces, estando en todo su apogeo la gloria de Hernán Cortés, los numerosos enemigos que tenía en la Corte, envidiosos de su fama, como "el más nombrado capitán que era de nuestra nación", centuplicaron sus esfuerzos para indisponerle con el Emperador. Figuraba al frente de los conjurados el nunca escarmentado Pánfilo de Narváez, tan duramente humillado por Cortés en Zempoala, donde perdiera honra y un ojo. Consiguieron del Em-

perador que D. Diego Colón, hijo del gran Almirante, fuese nombrado gobernador de Méjico; pero habiendo llegado entretanto el rico presente de Cortés, de que era portador Diego de Soto, optó Carlos V por dejar sin efecto la destitución de Cortés de su cargo de gobernador, enviando en cambio al licenciado Luis Ponce de León a tomarle residencia.

En aquel ambiente cortesano de hostilidad contra el Conquistador de la Nueva España, vivía Nuño de Guzmán, como cortesano que era y de muchas aldabas, cuando fué nombrado gobernador de la provincia de Pánuco, no mucho antes pacificada por el ingenio y la bizarría de Gonzalo de Sandoval. Llegado a las tierras de su gobierno, no tardó en mostrar su baja condición rapaz y cruel, dando cruda muerte, por motivos ligeros, a muchos indios, y a los que dejó con vida, vendió como esclavos, y fueron tantos los que fueron vendidos y sacados del país, cargando de esta mercancía muchos navios, que en poco tiempo dejó despoblada la Huasteca.

Nombrado presidente de la primera Audiencia, dió rienda suelta a la sorda envidia que alimentaba contra Cortés y a sus instintos de rapacidad y tiranía, persiguiendo encarnizadamente a los amigos y partidarios del Conquistador, el cual se hallaba en la Corte de España desde fines del año 1528, estando aquélla en Toledo. Mientras el Emperador colmaba de atenciones y mercedes a Hernán Cortés, haciéndole capitán general y marqués del Valle de Oaxaca y dándole, en desquite de la gobernación jamás concedida a ningún conquistador del país por él conquistado, el pleno señorío sobre todo el reino de Michoacán, y los ricos y extensos territorios de Oaxaca, Cuahunahuac, Tehuantepec, Coyoacan, Toluca, Huastepec, Jalapa, Tuxtla, Tepecan y otros más, con todas sus aldeas, términos, vecinos, jurisdicción civil y criminal, pechos, tributos y derechos, Nuño de Guzmán mandaba publicar terrible residencia contra Cortés y—dice Gómara—“como estaba ausente, metíale la lanza hasta el regatón.” Hizo almoneda de todos sus bienes a precio vil; mandó llamarle con pregones, ordenando su aprehensión como un vulgar criminal, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida. Y ya que nada podía contra la persona de Cortés, se ensañó con sus adeptos y partidarios. Puso preso a Pedro de Alvarado, recién llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés. Prendió también a Alonso de Estrada y a otros muchos, haciéndoles ma-

nifiestos agravios. Pero los que más padecieron con su odio fueron los misioneros franciscanos, llegando a faltar el respeto al santo obispo, Fr. Juan de Zumárraga, porque se oponía al torrente de sus excesos. Forjó contra ellos mil embustes e informó sañudamente a la Corte, levantándoles mil testimonios falsos, con el fin de quitar estorbos y gobernar con plena arbitrariedad, en perjuicio de los pobres indios, a los cuales vejaba sobremanera para saciar su enorme codicia. En breve tiempo tuvo el Emperador más quejas de Nuño de Guzmán y de sus oidores que de todos los pasados. Las quejas llovían de tal manera que hubo de inquietarse la Corte, temiendo que, sin Cortés, todo lo ganado por él iba a perderse irremisiblemente. Especialmente los misioneros franciscanos y a su cabeza el santo obispo Fr. Juan de Zumárraga, no escatimaron sus acusaciones, sobradamente fundadas, y que con grandes dificultades hacían llegar a la Corte, habiéndose visto obligado en una ocasión fray Juan de Zumárraga a enviar sus pliegos, convenientemente preparados, en un odre de aceitero. Penetró al fin la verdad en la Corte de España, y no valieron las astucias de Nuño de Guzmán y de sus amigos, ni todos los esfuerzos de los procuradores que habían enviado para impedir la vuelta del marqués del Valle de Oaxaca a la Nueva España. Fué proveída una nueva Audiencia, la cual traía especial encargo de tomar residencia a Nuño de Guzmán y atender a la reforma de tantos abusos que se habían introducido en la época de su gobierno, nombrándose presidente de esta segunda Audiencia al obispo y presidente de la de Santo Domingo, D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, natural de Villascusa, varón docto e integérrimo, y se le dieron por oidores a los licenciados Juan de Salmerón, de Madrid; Vasco de Quiroga, de Madrigal; Francisco Ceinos, de Zamora; y Alonso Maldonado, de Salamanca.

A poco tiempo de su desconcertada presidencia, sabedor Nuño de Guzmán que venían otros oidores, se convino con sus colegas y compinches, Matienzo y Delgadillo, para ir a descubrir y conquistar nuevas tierras por el occidente de la Nueva España, en lo que vinieron aquéllos, no obstante estar encontrados con él en asuntos del gobierno, que cada uno quería para sí a solas. Concertaron, pues, entre los tres, él por verse libre de ellos, y ellos de él y por alejarlo de sí, que se saliese de Méjico, con or-

den y convenio de dichos oidores, a hacer algunas incursiones en tierras de indios no sometidos todavía, y a descubrir y conquistar nuevas provincias, tomando por pretexto que dos indios bárbaros de la gobernación de Pánuco habían llegado hacia poco a Méjico y le dieron aviso de que había más provincias que confinaban con Tampico, pobladísimas de gente, y que las mujeres eran muy diestras en el manejo del arco y la macana, y a las cuales llamaban amazonas, formando ejércitos cuantiosos. Oídas estas novedades, Nuño de Guzmán, deseoso de nuevas empresas, ansiando rivalizar y aún sobrepujar a Cortés en sus conquistas y oscurecer su gloria, trató con los oidores de hacer esta jornada, entendiendo que aquellas provincias eran lo más y lo mejor de lo descubierto, y les supo persuadir de que, llevando buena tropa, esperaba, con el favor de Dios, entrar quinientas leguas más adentro y sacar grandes provechos de sus trabajos para beneficio de su rey y señor. Los oidores vinieron en ello, y a él se le ensancharon las esperanzas de su ambición, y a los oidores las del gobierno sin dependencia del presidente, y le dieron comisión en forma.

Queriendo aprestarse para la jornada proyectada de los teules y teuchichimecas, que vivían tierras adentro hacia el Poniente, para ayudarse de gente noble, dió en quitar pueblos al marquesado del Valle y dándolos a los capitanes de su satisfacción que habían de ir con él; y lo propio hizo de algunos de Su Majestad y Corona Real, cohechando a todos para esta jornada; y como ya sabía que las cosas del marqués en España habían sucedido bien, dábase gran priesa en salir a la conquista de las supuestas amazonas. Para esta leva se alistaron en la ciudad de Méjico y en las provincias de Oaxaca, Goatemala y Michoacán, quinientos españoles, y de quince a veinte mil indios mejicanos y tlascaltecas, de los cuales no volvieron a sus tierras arriba de doscientos. Tomó dineros de la Real Hacienda, prendiendo al tesorero Alonso de Estrada y otros oficiales que se oponían; nombró capitanes y demás ministros, todos "caballeros de cuenta" y así equipado y surtido, salió de Méjico, al frente de su numeroso ejército, a fines del año 1529, marchando por la provincia de Jilotepec y arrimándose a la de Michoacán y al río que va a Toluca, al cual llegó —dicen algunos— el mismo día de la Concepción de 1529, en que descubrió el vado junto al pueblo de Congripo, y al que llamó de Nuestra Señora.

Hizo allí muestra de su gente, y se hallaron doscientos españoles de a caballo y trescientos de a pie, y diez mil mejicanos y de otras naciones, con muchos indios de carga o "tamemes". Entró por tierras de Michoacán, y a pesar de hacerlo en son de guerra, salió a recibirle amigablemente el rey Francisco Caltzontzi, prestándole homenaje como a gobernador y presidente de la Real Audiencia, y regalándole diez mil marcos de plata y mucho oro bajo, proporcionándole, además, seis mil indios para carga y servicio del ejército. Y aprovechándose Nuño de Guzmán de las buenas disposiciones del rey Caltzontzi, viéndose al frente de un lucido ejército, desplegó todo su poder, y tomando de las manos del capitán Chirinos el estandarte real, lo levantó y tremoló allí mismo, en el paso de Nuestra Señora, tomando posesión de la tierra conquistada, aunque no descubierta por él y sometida de buen grado a la corona, y a la que llamó "CASTILLA LA NUEVA DE LA GRANDE ESPAÑA".

*

* *

Al invadir Nuño de Guzmán las tierras del rey Francisco Caltzontzi, evangelizadas por Fr. Martín de La Coruña, hallábase éste totalmente entregado a su misión apostólica. Es seguro que en la cordial acogida que hizo Caltzontzi al gobernador y presidente de la Real Audiencia, no obstante su manifiesto propósito de actuar como en país conquistado, debieron haber influido grandemente los consejos de Fr. Martín de La Coruña, que hubo de mostrar su buena voluntad hacia Nuño de Guzmán dándole por capellanes, para las necesidades espirituales del ejército, a dos de sus compañeros: Fr. Juan de Valdillo y Fr. Juan de Padilla, quienes cooperaron activamente en la labor que tenían a su cargo los capellanes bachiller Bartolomé de Estrada y Alonso Gutiérrez.

En estas circunstancias, sobreviene el hecho inaudito, brutal, ignominioso, de la prisión, martirio y ejecución del rey Francisco Caltzontzi. ¿Qué pretextos, qué motivos inconfesables indujeron a Nuño de Guzmán a cometer aquel bárbaro crimen,

violando las más elementales leyes de la hospitalidad, de la fe jurada y de la hidalguía castellana, para convertirse en el más vil asesino y en el más codicioso rufián?

La Real Cédula de la reina gobernadora, fechada en Ocaña el 4 de abril de 1531, ordena al presidente y oidores de la segunda Audiencia de Méjico, que desde luego, "se informen y sepan el cómo y de qué manera el llamado Nuño de Guzmán, presidente que fué de la primera Real Audiencia, hizo justicia en Caltzontzi, señor de Michoacán, por ciertos delitos que había cometido, y por qué antes y después que hiciese justicia de él, tomó y usurpó muchos de sus bienes, en oro y plata, pertenecientes a la Real Cámara, y una vez informados, den cuenta."

De la real provisión dictada por la Real Audiencia de Méjico resulta que Caltzontzi fué sometido a tormento, atándolo a una escalera y apretándolo con cordeles para que dijese dónde tenía "el tesoro y sus mujeres", exigiéndole además que declarase si tenía armada gente dispuesta en asechanzas para matar a los españoles; que Caltzontzi, al llegar a visitarle, "le trujo en tejuelos y platos y en rodela, hasta doscientos marcos de plata, poco más o menos, y que traía hasta doscientos pesos de oro en platos, tejuelos y ajorcas de brazo." Pero Guzmán no contento con eso, le exigió que mandase a buscar más, habiendo podido reunir hasta seis mil pesos en plata y oro; "y viendo que era poco, y de plata baja y cobre, mandó le llevasen a su posada y le encerrasen sin temores, y le acometiesen a quemarle los pies, y si les pareciese, quemárselos hasta que dijese dónde tiene el oro y la plata, y diga de algunas minas de oro y de plata que tiene; que habiendo hecho venir a su presencia a Caltzontzi, llegó atado y desnudo en carnes; e hizo traer lumbre para aplicársela; y que en esto llegaron dos frailes de San Francisco con un crucifijo y una toca de luto, riñendo ásperamente a Guzmán, el cual mandó se formase causa a Caltzontzi, y de allí a dos días dió sentencia contra él, mandando que lo quemasen vivo por traidor; que así lo sacaron y lo plantaron a un palo, y que allí, estando atado y cercado de leña, Caltzontzi dijo en alta voz que "no era en cargo de nada de lo que decían, y que lo mataban sin causa." Y estando para morir, dijo a un indio su pariente, D. Alonso Caltzontzi: "—Sabed que dice que vea qué galardón que le dan los cristianos y Nuño de Guzmán en pago

de los servicios que les hizo y del oro y la plata que les había dado, habiendo dado la tierra en paz y sin guerra; que le mandaba que después de quemado, cogiese los polvos y ceniza de lo que quedase y lo llevara a Michoacán, y que allá hiciese juntar a todos los señores de la dicha provincia y les contase lo que había pasado, y que lo contase todo para que viesen el galardón que les daban los cristianos, y que les mostrase sus cenizas y que las guardasen y tuviesen en memoria.” “Y luego pusieron fuego a la leña y comenzó a arder, y así quemó al dicho Caltzontzi hasta que naturalmente perdió la vida.”

Cuando se estaba entendiendo ante la Real Audiencia el juicio de residencia de Nuño de Guzmán, en virtud de la Real Cédula de la reina gobernadora, llegó a oídos del emperador, ausente de España, la noticia de tan grande atrocidad, e inmediatamente despachó una carta, fechada en Ocaña el 25 de enero del año 1532, y en ella un capítulo en que pedía la causa; y viendo que la Audiencia no procedía con la diligencia requerida, despachó otra real cédula fechada en Barcelona el 20 de abril de 1533, en la que se reitera en términos perentorios la orden de envío de la causa por el primer navío que saliera, conminando a la Audiencia con las penas más severas.

Consumado el crimen, que ocasionó murmullos violentos en el real, y deseosos muchos de los españoles de abandonar la empresa que se iniciaba de tan bochornosa manera, atendió Nuño de Guzmán a calmar a su gente, y después de arengarla, forzó la marcha hacia las ignoradas tierras de las amazonas, que se ofrecían a la imaginación como verdaderas tierras de promisión, abundantes en plata y oro, y dotadas de feracidad paradisíaca. Dudando sobre cuál ruta seguir, temiendo una sorpresa de los de Michoacán, furiosos por la bárbara ejecución de Caltzontzi, así como por las depredaciones cometidas, optó por seguir la orilla del Río Grande que va a desaguar a la mar de Sur; sabiendo, por noticias que adquiriera, que entre dicho mar y la tierra había grandes y ricas poblaciones bien abastecidas. Cogió, pues, por la margen izquierda, del Río Grande y atravesó Numarán, Piedad, Pénjamo, Ayo grande y chico, y Guascato, donde vivían unos tres o cuatro millares de indios, esparcidos en “bucos”, quienes les recibieron de paz, tomando posesión Nuño de Guzmán de sus tierras por derecho de conquista, aún cuando

muchas pertenecían a encomiendas de la provincia de Michoacán, del señorío del marqués del Valle, llegando por fin al valle de Cuina y tierras de Cuiseo. Fué recibido Nuño de Guzmán por el cacique de Cuina con particular agrado, facilitándole los medios de seguir su expedición con rumbo a Cula o Sula, próxima a la gran laguna de Chapala. Aquí se detuvo, admirado el ejército de lo maravilloso del lugar, y perplejo el general ante la necesidad de atravesar el gran río de Toluca, que vierte sus aguas en el lago y sale de él considerablemente engrosado. La vista de los expedicionarios quedó maravillosamente sorprendida ante el bello espectáculo que de repente ofreció a sus ojos la rica Naturaleza. Un inmenso lago, orillado de numerosas poblaciones, sombreadas por el espeso ramaje de gigantescos árboles, se descubría a lo lejos, brillando sus ondas blandas y espaciadas con los fulgentes rayos del sol en todo su esplendor. Era la grandiosa laguna de Chapala, la mayor, la más hermosa, la más admirable de todas las de América. Su longitud, desde la orilla de Jicotepec hasta las haciendas llamadas Moreñas, es de treinta leguas, ostentando en sus fértiles orillas dos cordilleras de pintorescas aldeas, cubiertas de verdura, de árboles y flores, que realizan los fantásticos jardines de las hadas, orlando las misteriosas márgenes de un lago encantado. La anchura es de ocho leguas; y por enmedio de ella se ve pasar, como sierpe de plata, el gran río de Lerma, sin que sus aguas lleguen a confundirse jamás con las de la laguna.

La inmensa extensión de este mar chapálico, de dulces y potables aguas, sobre cuya tersa superficie pudieran navegar los buques de mayor porte, se veía cubierta, en los instantes en que el ejército de Nuño de Guzmán admiraba el sorprendente paisaje, de millares de canoas que cruzaban en todas direcciones. Por largo rato se detuvo la tropa a contemplar desde la eminencia de la montaña el magnífico panorama que se desplegaba a sus pies y que realizaba uno de esos cuentos fantásticos que se juzgan inverosímiles por su increíble belleza. Multitud de pintorescas poblaciones de blancas casas y de rústicas chozas, sobre las cuales descollaban las plateadas torres de los "teocallis", veíanse reclinadas en las márgenes del río y del lago, como mitológicas nereidas, recreándose en el cristal de sus ondas. El ejército, después de haber permanecido por largo rato absorto

en la contemplación de tal opulencia nunca vista, sobrecogido por la maravilla abrumadora de la rica Naturaleza, empezó su marcha de descenso hacia la llanura, donde crecía el maíz en prodigiosa abundancia, rindiendo al cultivador el quinientos por uno.

*
* *

El descubrimiento y conquista de Jalisco, se inicia en aquel momento, cuando, acabada la guerra con los indios del río Cuitzeo, después de tomar a Cula la vieja, entre escenas de saqueo y devastación, ejecutadas por las tropas auxiliares indígenas, cae Nuño de Guzmán como buitres sanguinario sobre las inermes poblaciones establecidas en torno al grandioso lago de Chapala. El paso del gran río fué obra difícil, de astucia y paciencia, tanto que, para vadearlo, hubo que construir balsas de junco y cañas y aprestarse a un serio combate en la laguna. La defensa de ésta por los indios fué terrible y obstinada. Por millares acudían en canoas, de una movilidad increíble, a impedir el paso. Gracias al auxilio de la artillería pudo, al fin, verse libre de aquel enconado enjambre el ejército, del que pasó la mitad a la otra orilla, quedando el capitán Chirinos con la otra mitad en la margen derecha, con orden de correrse río abajo hasta Jamay y Chihuahualtengo y aguardar allí las órdenes del caudillo. Nuño de Guzmán, por su parte, asistido del cacique de Cuitzeo, que pidiera la paz, prestando obediencia al rey de Castilla, siguió viaje a Pontztlán, llevando consigo al rendido cacique, al cual, porque al tiempo de la partida no le diera hombres de carga—otros dicen que no le diera “oro”—le mandó echar un perro de los que llevaba el ejército, el cual le mordió malamente, y, allí le dejó, sin saber más de él. En Pontztlán se le reunió de nuevo el capitán Chirinos con su gente, y allí permanecieron los españoles y sus auxiliares unos días, muy regalados por el cacique, que era hombre pacífico y generoso, con mucho pescado, maíz, aves, miel y otros bastimentos.

En todas estas jornadas acompañaron al ejército los dos religiosos franciscanos, Fr. Juan de Padilla y Fr. Juan de Vadillo,

los cuales predicaban la ley de Dios a los naturales y bautizaron a muchos, entre ellos al cacique de Pontztlán, que desde entonces se llamó D. Pedro Ponce. Allí acudió también su superior fray Martín de La Coruña, que no obstante sus hondos resentimientos con Nuño de Guzmán por su bárbaro proceder con Caltzontzi y su desafortunada conducta con las poblaciones indígenas, a las que exasperaba con sus exacciones, hubo de acompañarle en aquella excursión, poniendo el bálsamo de la fe y de la caridad cristiana sobre las llagas abiertas por la crueldad y la codicia del conquistador.

Parecióle a Nuño de Guzmán que todo este valle y su río caudaloso eran cosa rica y apetecible, por estar pobladísima de indios y bien cultivada, y la aplicó para sí, sin acordarse del emperador, diputándose por su descubridor y conquistador, título por lo menos igual al que el que tenía Cortés para llamarse conquistador de la Nueva España. Y con el fin de reconocer y conquistar aquellas tierras totalmente, como señor de ellas, distribuyó sus fuerzas, enviando al capitán Peralmíndez Chirinos con cincuenta hombres de a caballo y treinta de a pie y quinientos indios tarascos y tlaxcaltecas, con orden de seguir el curso del río hasta llegar a la mar del Sur; la demás gente se quedó formando campo con Nuño de Guzmán, que siguió rumbo a Tonalá, donde estuvo a punto de perder la vida en una emboscada que le tendieron los naturales de esta región, que se llamaban "tequejes".

Al cabo de veinte días que permaneció en Tonalá, regodeándose con la opulencia del país, salió Nuño de Guzmán y visitó y ganó rápidamente todos los barrancos desde Ichatlán hasta Tequila, y tuvo allí noticia del valle de Tlacotlán y de las poblaciones de Juchipila, del valle y río de Nochistlán de Teul y Tlaltenango, parajes riquísimos y muy poblados, por lo que determinó enviar a Cristóbal de Oñate con cincuenta hombres de a caballo y treinta de a pie y quinientos indios amigos para que entrase por aquellos valles, y después de haberlos conquistado, saliese por Tequila y volviese a reunirse con él en Etzatlán, donde se juntarían con Chirinos, estando de acuerdo los tres de esperarse allí los unos a los otros. Partieron Cristóbal de Oñate para su viaje y Nuño de Guzmán con su ejército, de Tonalá; pasó éste por el valle de Tlala, donde descansó un poco la gente, y se encaminó al siguiente día a Etzatlán, acercándose poco a poco a lo

que Francisco Cortés, primo del conquistador marqués del Valle había ganado tres años antes para éste y el emperador; y no veía Nuño la hora de llegar a aquella provincia fertilísima para meterla en su gobernación. Marchó, pues, cuatro leguas por un valle jugoso y abundante y llegó por fin al pueblo de Ezatlán, en cuyo contorno hay una laguna muy pintoresca, que forma muchas islas, de crecida vegetación, bien pobladas de indios. Su encomendero, que había sido capitán de Francisco Cortés cuando conquistó esta provincia, llamado Juan de Escarcena, le hizo un recibimiento muy bueno y correspondiente a la alta categoría de un presidente de la Audiencia de Méjico y capitán general de esta nueva expedición en nombre del emperador. Quiso Nuño de Guzmán meter aquella provincia en su conquista, proponiendo a Juan de Escarcena y a dos religiosos franciscanos que con él estaban, fray Francisco Lorenzo y el lego fray Andrés de Córdoba, súbditos de fray Martín de La Coruña, que habían ido allí, enviados por éste, a evangelizar a los indios de aquellas pobladísimas comarcas, que sería bien cercenar esta provincia de Méjico por ser de tan larga extensión y tan distante de la capital, pero se lo contradijeron con tal vehemencia que hubo de desistir, no sin mostrar su enojo a Juan de Escarcena y a los dos religiosos franciscanos, que se negaron a acompañarle en su expedición.

Detúvose Nuño de Guzmán en Ezatlán más de lo que quisiera, esperando a sus capitanes Peralmíndez Chirinos y Cristóbal de Oñate, que tardaban en volver. Al fin, parecieron. Primero, Cristóbal de Oñate, que habiendo salido de Tonalá, recorrió las tierras y valles de Juchipila y Teules, donde tuvo que combatir rudamente; pasó a Copala y a Iztlán, a orillas del Río Grande, siempre peleando con los naturales; atravesó victorioso el valle de Tlacotán, domeñó a Coutla y de allí pasó a Teocuatli-chi, que hubo de sujetar con mano dura; y habiendo tenido allí mismo noticias de que el capitán Chirinos lograra recorrer y sujetar todo lo de Acatic, Jalostitlán, Tajicana y los Zacatecas, dando la vuelta por Tuitlán e ido a salir por el río de Tépíc abajo, rompiendo hacia el mar por Gainamota, determinó regresar con su ejército pasando por algunos lugares recorridos por Chirinos para acabar de someterlos, especialmente los que había dejado a la mano izquierda de su ruta; y así emprendió su marcha al pueblo de Nochistlán, que estaba situado en un peñol

fortísimo y defendido por más de seis mil indios, bravos y aguerridos. Ruda fué la acometida, pero tomado Nochistlán a sangre y fuego, dispuso el capitán que en él quedase su hermano Juan de Oñate con algunos españoles para conservar lo conquistado.

De Nochistlán pasó Cristóbal de Oñate a Juchipila, y de allí al valle de Tlaltenango, atravesando un gran puerto de ocho leguas, llegando por Tepexitlán, al famoso pueblo de Tuixl, que es el gran Teul, donde había el más famoso "teocalli", el templo más renombrado y la casa de adoración más popular, centro de numerosas peregrinaciones, de todo el país. Tuvo la fortuna de apoderarse del casi inexpugnable "cue" sin efusión de sangre, y después de abrir un camino de más de tres leguas por la sierra, se vino a Etzatlán a reunirse con su jefe Nuño de Guzmán, que le aguardaba con impaciencia.

*
*
*

Entretanto, Peralmíndez Chirinos, después de ocupar a Tzapotlán del Rey y Tzapotlán de Juan Zaldivar, grandes cabeceras de indios, siguió por Tecpatitlán hasta el Cerro Gordo, donde había muchas gentes "huamares", de nación tzacatecos, distribuidos en numerosos ranchos. Pasó de allí a Cananja y a las Chichimequillas, y luego al valle de Acatic, donde fué muy bien recibido y regalado. Dispuesto a caminar con rumbo al Norte, interrogó a un cacique llamado Xiconaque, de nación tzacateca, sobre el camino a seguir para dar con el país de las amazonas, y el cacique le dijo: "—No paséis adelante porque os habéis de perder, pues en pasando de los tzacatecos, que son de nuestra generación, todo lo de adelante es de una gente traidora llamada "huachichila", y allí no hay qué comer; sólo nosotros, la gente tzacateca, sembramos maíz y tenemos ranchos; y si queréis saber lo que pasa, yo os llevaré a aquel pueblo grande de los tzacatecos, que no hay más que cinco días de camino, para que me creáis y llevaremos de comer."

Aceptó Chirinos el consejo de Xiconaque, y llevándole en su compañía con multitud de gente, toda tzacateca, caminó con

su hueste cinco días, experimentando terribles fríos y grandes penalidades en la aspereza de aquellas montañas, hasta llegar a la gran ciudad de Tzacatecas, cuyo cacique, amigo de Xiconaque, recibió a los españoles con agrado, aposentándolos y obsequiándolos con bellota dulce y abundante caza. Después que descansaron, el cacique tzacateco y Xiconaque dijeron a Chirinos: “—Aquí llegan nuestros términos de la gente tzacateca, y esto está aquí en frontera, porque hay más allá otra gente, que es la “Huachichila” y es traidora; no paséis allá, no os perdáis, que no hay cosa de lo que buscáis, porque es tierra pobre y miserable, que de aquí os sacaremos a donde quisieréis ir.” Entonces Peralmindez Chirinos les preguntó que por dónde iría a salir a la mar del Poniente, y de todo le dieron razón bastante; y habiendo visto que conformaba lo que aquellos indios decían con lo que antes dijieran los tarascos a Nuño de Guzmán en el vado de Nuestra Señora, de que no había tales amazonas, lo creyó al fin y se enteró de todo para desengañarle. ¡Quien dijera entonces a Peralmindez Chirinos que estaba de pie sobre la mayor riqueza que ha habido ni habrá jamás en toda aquella tierra, montañosa y áspera, que bien pronto iba a formar parte de la Nueva Galicia! Porque allí, en el pueblo donde estaba Chirinos, se descubrieron después las famosas minas de los tzacatecos, “una de las buenas poblaciones que el Rey Nuestro Señor tiene en las Indias”, dice el cronista franciscano. “Son secretos de Dios—añade—que lo que entonces no valía gran cosa y era lo más ruin, es hoy lo mejor y lo más rico de la Nueva España.” El primer cristiano que puso allí los pies fué Chirinos, y tomó posesión, casi haciendo burla de esta tierra y del descubrimiento de Guzmán, que era, a su parecer, cosa infame hablar de ello; y así agradeció a los caciques tzacatecos sus noticias y su amistad, correspondiendo a ella obsequiándoles con alguna ropa, y les pidió guías para su viaje en busca del mar. Acompañado de doscientos indios tzacatecos, que los caciques le dieron por guías, pasó Chirinos por Tuillán, donde admiró el soberbio “cué” o torre que todavía se conserva, obra de los “mexica” a su paso para fundar la gran Tenochtitlán—hoy Méjico—, por Cahauite y Guaxucar, donde se despidieron Xiconaque y el cacique tzacateca amigo, hasta llegar al río Tépíc, siguiéndolo desde Colotlán, donde tuvo noticias Chirinos de que el capitán Cristóbal de Oñate había pasado por el valle de Tlaltenango, a

seis leguas de allí, y con esta nueva comenzó a caminar río de Tépíc abajo, y era de ver la gente y pueblos que había y que salían a recibir a los españoles en señal de paz, agasajándolos y dándoles escolta. Allí dejó el río y tomó a mano derecha, entrando por la parte de Xora hasta dar en Guaynamota y el río de Humitlán, donde tornó hacia Guaynamota para salir por allí al encuentro del gobernador, Nuño de Guzmán, que se dirigía a Tépíc, sin aguardar ya el regreso de Chirinos. Y cuenta el cronista que fué tanto el trabajo que pasó el capitán Chirinos en andar por aquellas tierras, que no se puede encarecer, porque en el mundo no debe de haber cosa tan áspera, en la que hay infinidad de gente belicosísima, por lo escabroso del lugar en que están. Habiendo llegado Chirinos a Tépíc, supo cómo el gobernador había pasado cuatro días antes al valle de Tzenticpac, y así le despachó un mensajero diciéndole cómo ya había llegado, y tras el mensajero siguió él con su ejército, pasando el río de Tzenticpac, y halló que el gobernador Nuño de Guzmán estaba esperándole en el pueblo de Itzcuintlán, a donde llegó Chirinos, siendo recibido con grandes muestras de contento. Allí le contó su viaje y le hizo minuciosa relación de todo lo que le había sucedido, advirtiéndole lo acertado que había sido coger aquella derrota en vez de empeñarse en seguir hacia el Norte, y expresándole que todo lo que había visto era como habían dicho, y que no había tales amazonas, sino muchas ruinas despobladas, que no valían la pena de ser visitadas ni de hacer caso de lo de allá, sino arrimarse a lo que llevaban entre manos. Holgose Nuño de Guzmán de saber esto con claridad, y después de convenir en que, efectivamente, no había tal país de las amazonas, le dijo que fuese bienvenido y que descansasen él y sus soldados. Aquí, con la conquista de Jalisco, que se inicia con la toma del gran pueblo de Tzenticpac, se inicia también la nueva serie de crímenes que por su número y calidad, excedieron en mucho a los anteriores, y mancharon de manera indeleble la memoria del conquistador Nuño de Guzmán. Acaso influyó en su ánimo la rabia y el despecho que sentía al recorrer tierras descubiertas y ganadas tres años antes por D. Francisco Cortés de Buena Ventura, y que él iba metiendo tranquilamente dentro de su gobernación. Así, al salir de Iztlán, donde había sido bien recibido por el cacique, continuó la ruta a Teutitlán, Jalisco y Tépíc, con lo que cayeron en su poder todas las tierras descubiertas y

conquistadas por Francisco Cortés. En Tépic se detuvo por varias razones, entre ellas por haber recibido noticias de los oidores, sus compinches, Matienzo y Delgadillo, participándole haber regresado a la Nueva España el marqués del Valle de Oaxaca, colmado de honores por el emperador y con autoridad sobrada para reprimir los desmanes y castigar las afrentas que le había causado como presidente de la Audiencia; y además porque quería consolidar sus conquistas y darles la apariencia de reino independiente del de Méjico. Redondeada así, después le haber tomado la tierra de Tzenticpac, provincia pobladisima que se adjudicó como cosa propia y por derecho de conquista, dióle el nombre de "La Mayor España", por envidia de Hernán Cortés, que llamara Nueva España a la conquistada por él, afirmando que su conquista era de mayores y más útiles tierras que las descubiertas y sometidas por Cortés. Y para que todo el ejército diese fe de su acto, "sacó la espada y acuchilló a los árboles en señal de posesión."

Dominado Jalisco, después de haberlo devastado con saña feroz, marcando su paso con sangre y fuego, pensó Nuño de Guzmán darle también un nombre, como se lo había dado a la tierra de Tzenticpac y países descubiertas por Francisco Cortés; ocurriéndosele llamarle Nueva Galicia por ser—dice Calle en sus "Noticias sacras"—región y tierra ásperas, poblada de gente recia e independiente. Afirma el padre Beaumont que el nombre de Nueva Galicia no se lo dió Nuño de Guzmán hasta después de haber conquistado la provincia de Tonalá, en cuya capital se hallaba a la sazón fray Martín de La Coruña ocupado en su misión evangélica. Y así dice: "después de haber conquistado Nuño de Guzmán a Jalisco y otras tierras, principalmente Tonalá y sus naciones circunvecinas, intituló a esta tierra brava, su conquista, Nueva Galicia, como refiere el historiador Herrera en la "Década" cuarta." La campaña de Jalisco costó a Nuño de Guzmán muchas vidas de los suyos, por ser las gentes de estas provincias muy valientes y numerosas, habiendo día de veinte mil enemigos que vencer. La entrada de Nuño de Guzmán en esta provincia consta que la hizo en compañía de varios religiosos franciscanos, y "entre ellos—dice el padre Beaumont—los que más trabajaron en estas partes de la Nueva Galicia, que fueron los padres fray Juan de Padilla, fray Antonio de Segó-

via y el venerable primer apóstol de Michoacán, fray Martín de La Coruña."

En tanto que Nuño de Guzmán se hallaba con su ejército en Culiacán y sus territorios, "llegó este año de 1531—dice el padre Tello, cronista de Jalisco—procedente del reino de Michoacán, a esta gran población de Cutzalán, seguido de infinito gentio, nuestro venerable fundador, fray Martín de La Coruña." La población de Cutzalán está situada junto a la gran laguna de Chapala; sus moradores eran infinitos indios bravos y gentiles, y así ellos como las mujeres andaban desnudos; en tanto extremo llegaron a multiplicarse estos indios que se derramaron por los contornos, formando poblaciones, como Tomatlán, Axixic, Jotcotepec y Tzapetitlán, que hoy se llama San Cristóbal. El dios principal que adoraban estas gentes era el famoso idolo Huitzolopochtli, que quiere decir "dios escondido". Sacrificábanle todos los años, en sus fiestas principales, muchos niños y niñas, y cuando los había, todos los cautivos aprehendidos en sus guerras con la nación Tarasca, que era su natural enemiga por la vecindad, los cuales, abierto el pecho y sacados los corazones, continuaban viviendo mientras los ofrecían los sacerdotes a su ídolo; y con la sangre de los así sacrificados se lavaban sus cuerpos, diciendo que aquello los hacía invulnerables. Tenían estos indios otras muchas supersticiones y costumbres abominables, extendidas a la mayor parte de los indios de la Nueva España, apareciendo imposible su conversión, que implicaba el abandono de tales abominaciones. Predicóles con tanto fervor fray Martín de La Coruña, empleando su propia lengua, por ser diestrisimo en el conocimiento de los idiomas indigenas; y quedaron tan persuadidos de la eficacia de sus razones; que trataron luego de recibir la fe sin contradicción alguna. Y es de notar que la religión cristiana echó en esta parte de la Nueva España llamada la Nueva Galicia, raíces tan hondas, que aún hoy se considera a Jalisco como la más religiosa de todas las provincias mejicanas. Practicó fray Martín con estos indios lo que había hecho en

Tzintzuntzán con los tarascos; recogió los ídolos, y con el principal, el Huitzilopochtli, que adoraban fanáticos, los hizo pedazos en presencia del cacique y su gente, y los arrojó al fondo de la laguna de Chapala; los apartó de la poligamia y comenzó a instruirlos en las máximas de la fe cristiana, que admitieron con pronta obediencia. El primero que recibió el bautismo fué el cacique Xitomatl, que dejando el nombre de su gentilidad, se llamó D. Andrés Carlos, en obsequio y reverencia al emperador Carlos V. Allí fundó fray Martín la iglesia de San Juan de Cutzalán, y más tarde el hermoso convento de Axixic, que todavía luce sus muros enhiestos.

Siguiendo su evangélica misión, recorrió todo el territorio de Jalisco su primer apóstol fray Martín de La Coruña, y por dondequiera que iba, su alma se desgarraba de piedad contemplando las infinitas atrocidades que Nuño de Guzmán y su gente cometían, dejando en pos de sí un rastro humeante y sangriento de crímenes inauditos. En tales circunstancias mostró el santo evangelizador de Jalisco la enorme fortaleza de su ánimo y el valor indomable de su seráfica paciencia y constancia, "nervio entonces forzoso—dice el padre Tello—para no faltar en la composición de tantas cosas como se ofrecían en la fundación de esta iglesia, así de parte de los indios, tan rústicos e ignorantes, como por las réplicas que por otras partes se ofrecían a su apostólico celo. Y lo que más le apretaba eran las demasías de los españoles, que como leones daban en la manada, desgarrando, destruyendo y matando como en simples ovejas, sin recurso más que el de la vigilia del pastor, y cómo con la sangre vertida, los balidos al despedir el alma, hieren la del pastor, así andaba la del santo fundador tan herida y hostigada, que ya no faltaba sino saliese tras los alientos. Pero corregía sus ahogos con la paciencia, y así venció todas las dificultades, y la mayor que era la voluntad de los que le aborrecían, la redujo con tan grande mansedumbre que no hubo quien no lo adorase. Cada vez que lo contemplo—añade—en medio de los aprietos, me acuerdo de Moisés en medio de los que tuvo con el pueblo hebreo, que venció con su mansedumbre, sin perder el paso de su viaje. Como este varón que apaciguando las quebras de los principios no perdía paso en la conversión, aprendiendo rápidamente la lengua de los indios para predicarles; y así milagrosamente salió tan consumado que fué el sol recién nacido que dió vida, sér y

crecimiento a aquestas nuevas plantas de la fe, a quienes **renovat, nutrit, perfuit, fecundat, auget et vivificat.**"

Aún cuando los cronistas no lo consignan, es seguro que en el curso de sus predicaciones evangélicas por todo el territorio de Jalisco, más de una vez se encontró fray Martín de La Coruña con el sanguinario conquistador de aquellas tierras, a las que dió el nombre de Nueva Galicia. Con Nuño de Guzmán y su ejército caminaron constantemente fray Juan de Padilla y el lego fray Andrés de Córdoba, quienes se comunicaban frecuentemente con su superior fray Martín de La Coruña. Más tarde, cuando Nuño de Guzmán sentó sus reales en Tonalá, allí estuvo a verle fray Martín, y a juzgar por las referencias del padre Tello, fué entonces cuando determinó el conquistador dar a la tierra conquistada el nombre de Nueva Galicia y se dispuso a fundar la primera ciudad, capital de sus dominios, dándole el nombre de **Compostela**. Entretanto, los religiosos franciscanos que acompañaban al ejército, no estaban ociosos. Apartándose de él, dieron la vuelta por donde habían ido y bautizaron a muchos indios principales, entre ellos el famoso cacique Pantecatl, que recibió el nombre de Francisco y dejó escrita una interesantísima relación, dedicada a sus hijos y descendientes, en la que se refiere cuando oyó decir y contar a sus padres y abuelos acerca de la historia de aquel país, en especial de los pueblos de la sierra de Acaponeta, desde los más remotos tiempos, hasta la llegada de los españoles. Pasaron luego a Tépica, Jalisco, Ahuacatlán y a la provincia de Avalos, siguiendo fray Juan de Padilla a Tuxpan, donde se halló con que el cacique Cuixalea y sus vasallos se negaron en redondo a dejar el uso de sus numerosas mujeres, por lo cual se volvió por Tzapotlán y la provincia de Avalos hasta Chapala. De allí fueron los dos religiosos de la Orden de menores a Tonalá, donde se encontraba su superior fray Martín de Jesús, y catequizaron y bautizaron a muchos indios, y desde Tonalá al pueblo de Tetlán que estaba entre Tonalá y lo que es ahora Guadalajara, a una legua de la ciudad y bautizaron al cacique del pueblo que se llamó D. Juan de Guzmán, en honor del gobernador, el cual cacique ayudó mucho a los religiosos para la predicación y el ministerio evangélico. Al pueblo de Tetlán le llamaron de la Asunción de la Virgen, hallándose presentes en su fundación, según el acta de la misma, además de los padres

fray Juan de Padilla y fray Andrés de Córdoba, el reverende padre fray Antonio de Segovia, venido hacia poco de España en la segunda barcada de religiosos franciscanos, hijos de la Custodia del Santo Evangelio, de Méjico.

Estando Nuño de Guzmán ocupado en la conquista de Culiacán, fundó el capitán Juan de Oñate la villa del Espíritu Santo, junto al pueblo de Nochistlán, dándole el nombre de **Guadalajara**, por ser ésta la patria del gobernador. Y Nuño de Guzmán, viendo la tierra de Culiacán tan llena de gente y previendo que se podían temer muchos alborotos, labró una fortaleza en el pueblo de Navito, para su seguridad, y fundó la villa de San Miguel, nombrando alcaldes y regidores y los demás oficiales convenientes a una república, dándoles ordenanzas de cómo se habían de gobernar y poniendo por justicia mayor al capitán Mechor Díaz. Halláronse en la fundación de esta villa los padres fray Juan de Padilla y el lego fray Andrés de Córdoba, los cuales bautizaron infinitos indios por todo el camino y en aquella jurisdicción.

Pero ninguno de estos pueblos, fundados por su propia o por ajena iniciativa, fueron considerados por Nuño de Guzmán merecedores de ostentar el rango de la capitalidad de sus dominios, proponiéndose fundar la que hubiese de ser corte y metrópoli de la Nueva Galicia en lugar estratégico y bien abastecido. Y lo mismo que al tratar de escudriñar los motivos que tuvo Nuño de Guzmán, castellano rancio, criado en la corte de Toledo, para dar a sus Estados el nombre de Nueva Galicia, surgen las vacilaciones y las interrogaciones al querer averiguar por qué puso a la capital de ellos el nombre glorioso de Compostela.

El padre Torquemada en su "Monarquía indiana", dice que "a esta provincia quiso Nuño de Guzmán llamar **Galicia**, por ser región templada, de tierra áspera y de gente recia, en todo muy parecida a nuestra Galicia de España, y por eso a la primera ciudad que fundó en ella puso por nombre **Compostela**, porque confórmase en todo con la de España; así lo dice la "Historia general de las Indias" en la primera parte, foja 283, y segunda parte, foja 278; y sus naturales fueron belicosos; es provincia muy abundante en mantenimientos, y la tierra muy fértil y abundante en cera y miel, la cual se halla en los montes; los frutos de la tierra y de Castilla se dan muy bien; hay

muchas labores de trigo, de que se hace muy lindo y sabroso pan; muchas estancias de ganado mayor y menor, mucha cría de mulas y caballos, y por ser tierra templada van a agostar a esta provincia más de veinte mil cabezas de ganado ovejuno, cada año, del pueblo de Querétaro y de la ciudad de Méjico; danse muy bien las naranjas, limas y limones, cidras, granadas, duraznos, peras, membrillos, manzanas; y en las otras partes donde se han plantado parras, muy lindas uvas; rosas, claveles, albahacas, alelies y otros géneros de flores; que aunque por aquella parte confina con el mar del Sur, no muy rica de plata, halo sido en parte de perlas, y aún hubo mucho oro en los ríos, de que pagaban en tiempos pasados los indios sus tributos a caciques y encomenderos; en lo demás del reino ha habido muchas minas de plata, muchas de las cuales acabaron, y otras se van descubriendo y poblando, de manera que este reino es y ha sido muy rico y abundante de plata, de la cual ha salido infinita, que se ha llevado a España.”

Como se ve, por esta descripción, no hay razón alguna de parecido geográfico que justifique la predilección de Nuño de Guzmán, por el nombre de Galicia, con preferencia al de cualquiera otra región de España, comenzando por la suya propia, que era Castilla. No hay, efectivamente, nada en la patria de la célebre Malinche o doña Marina, que anduvo con Cortés en la Conquista, que evoque la imagen de Galicia. ¿Qué o quién pudo sugerir a Nuño de Guzmán tales denominaciones, hijas del afecto, cuando no del acendrado amor al terruño natal?

En la relación que hizo Nuño de Guzmán al emperador Carlos V, en 1531, le da cuenta del estado que tenían los descubrimientos hechos por él, con todos los progresos de la jornada, desde el día en que salió a ella; y asimismo hizo relación de que “porque las provincias de Jalisco eran muy parecidas a la costa, mar, estrellas y poblaciones de Galicia de nuestra España, había dado título a lo que había conquistado, de la “Nueva Galicia”, y pidió que se confirmase el título, y tam-

bién que Su Majestad le confirmase los pueblos que se había encomendado y no se innovasen los esclavos que se habían cautivado en las guerras.”

Llegaron estos despachos de Nuño de Guzmán a poder de su hermano Juan Gómez de Figueroa, que estaba en la Corte y era embajador de S. M. en la república de Génova, y este caballero dió las cartas y despacho a su majestad la reina, que gobernaba por ausencia del emperador, y la reina remitió todo ello al Real Consejo de Indias para que proveyese lo más conveniente al servicio de Dios y de la Real Corona. Vistos los papeles y peticiones de Nuño de Guzmán, mandó la reina llamar al embajador Juan Gómez de Figueroa, y le dijo: “Vuestro hermano Nuño de Guzmán nos escribe en la parte donde está y las provincias que ha descubierto, y que no halló las amazonas, a cuyo descubrimiento había salido de primera instancia; pide le confirmemos el gobierno, y confírmasele con tal que no se llame “Castilla la Nueva de la Gran España”, sino que se llame el **Nuevo Reino de Galicia**, y se pueble una ciudad en ella con el título de **Compostela** y **Santiago de Jalisco**, a la cual concedemos todas las libertades, fueros y privilegios que tiene y goza la de nuestra España.” Al despedirse la reina del embajador, añadió: “—Figueroa: avisad a vuestro hermano Guzmán que el rey de Portugal me ha escrito que sus cosmógrafos y astrólogos dicen que la tierra en que está es rica de plata y oro, que la procure sustentar.”

La cédula real fechada en Barcelona a 20 de abril de 1533, confirma el título dado por Nuño de Guzmán a lo conquistado por él, de **Nueva Galicia de la Nueva España**, y al propio tiempo le desposeía de la gobernación de Pánuco que Nuño de Guzmán pretendía continuar disfrutando y anexarla a la Nueva Galicia. Recibió Nuño esta cédula casi un año más tarde, bien entrado el de 1534, y no le dió mucho gusto, pero lo disimuló y calló, y así pasó a fundar, como se le ordenaba, la ciudad de Compostela, en Tépíc, para que fuese la cabeza de la “**república castellana de la Nueva Galicia**”.

Partió, pues, Nuño de Guzmán de Chiametla con rumbo a Tépíc, para fundar la ciudad de Compostela en debida forma y en cumplimiento de las órdenes que tenía de S. M. y del Real Consejo de Indias, y marchando por la costa, llegó a Acaponeta y a Atzatatlán; por todo el camino le salía la gente en son de

paz y le daba comida y frutas de Castilla, que ya empezaban a producirse, particularmente melones, que según el cronista fueron los primeros que se dieron en el reino de la Nueva Galicia. Pasado el pueblo de Tzenticpac, que halló destrozado por las guerras y exacciones de los indios que formaban la mayor parte de su ejército, envió Nuño de Guzmán seis castellanos de a caballo a reconocer el pueblo de Tépic, y así que sus moradores supieron la llegada del gobernador y de los españoles, limpiaron el camino y pusieron arcos enramados, con muchas yerbas y flores olorosas, y salieron a recibirle, chicos y grandes, muy lucidos con vistosas mantas o zarapes de algodón y plumería, tocando alegres músicas y ejecutando concertadas danzas, habiendo puesto a trechos bosques de caza y volatería de muchas aves y animales.

En la minuta del acta de la fundación de Compostela de Tépic, que fué el 23 de julio de 1535, figuran todos los conquistadores y pobladores, que asistieron al acto solemne de la fundación, así de Tépic como del valle de Cactlán. Concluido el acto, después de prestar todos juramento solemne en manos del cura, licenciado Miguel Lozano, de no desamparar la ciudad sin orden expresa de Su Majestad o del gobernador, éste entregó al capitán Cristóbal de Oñate, su lugarteniente y justicia mayor de la ciudad, los despachos que contenían las mercedes y franquicias concedidas por la reina, en nombre del emperador, en su real cédula de fundación. Presenciaron la ceremonia más de doce mil indios del pueblo y su comarca, prevenidos de muchos regocijos a su modo, porque tenían en las encrucijadas de las calles, bosques artificiales llenos de leones, tigres, venados, conejos, codornices, papagayos, faisanes y otra porción y variedad de animales y aves, con muchas danzas y escaramuzas y ardides de guerra, y las calles sembradas de flores y entoldadas de ramas y juncia.

El gobernador, con los de a caballo y la infantería, se pusieron en forma de escuadrón que va marchando a pelear con sus enemigos al son de tambores y pífanos, tendidos los estandartes y enarbolado el real con las armas de la ciudad de Compostela de nuestra España. Al ruido de los mosquetes, arcabuces y tiros de fruslera, resplandecían los arneses, lozanábanse y hacían viso las plumas con el aire, los caballos, enjaezados y encubertados con caireles de seda y oro, se engrifaban

orgullosos, y todos iban apellidando a Santiago y al rey de Castilla. Pregonáronse las mercedes que Su Majestad hacía a aquella ciudad y al reino con el título de la Nueva Galicia y el de Compostela, mandando con gravísimas penas que ninguno fuese osado a contravenir a títulos tan honrosos como los de Compostela y la Nueva Galicia. Los indios, con grandes voces y algazara, abrieron los bosques, y saliendo los animales por las calles, los corrían y flechaban. Había en la plaza un tablado capacísimo, donde el gobernador con el regimiento y personas más principales daban escolta al estandarte real en él colocado, y los alcaldes y regidores pusieron el de la nueva ciudad para tomar posesión de sus oficios, hecho lo cual fijaron tasa de los mantenimientos de su república y dieron, a su vez, posesión a los vecinos de los solares y huertas. Y queriendo el gobernador que el regidor más antiguo sacase el pendón la víspera de Santiago, le suplicaron lo sacase él aquella vez. Acabados estos decretos, hubo una salva de mosquetería, y los infantes hicieron un caracol con los indios, armados los unos y los otros, haciendo vistosos y bizarros acometimientos, y los de a caballo, en dos escuadras, con una escaramuza los departían, tornando todos a las casas reales con el mismo orden que salieron.

Al otro día, que se contaron veinticuatro de julio, aderezaron las calles con más vistosas invenciones, y los castellanos vistieron las más ricas y lujosas ropas que tenían, y enjaezados los caballos, se juntaron con la infantería en las Casas del Cabildo, a cuyas puertas habían enderezado un tablado lo mejor a que daba lugar el tiempo, y en él estaba puesto el estandarte, que tenía en un lado la imagen del Apóstol Santiago, y en el otro las armas reales. Subió al tablado el gobernador, licenciado Nuño de Guzmán, vestido de terciopelo carmesí, armado de punta en blanco y acompañado de los alcaldes, regidores y oficiales reales; se hincaron todos de rodillas, y el capitán Cristóbal de Oñate se puso en pie, cogió el estandarte y lo dió al gobernador, el cual lo tremoló tres veces, diciendo: “—¡Viva nuestro señor D. Carlos, rey de Castilla y de la Nueva Galicia!” Y cada vez disparaban toda la artillería, y los indios levantaban la voz con mucha algazara. Concluso este acto, subieron a caballo y fueron a vísperas, las cuales cantaron, en compañía del cura, algunos españoles; y toda aquella

noche velaron el pendón con muy buena guardia y con muchos fuegos y encamisadas.

Al otro día, que era el de Santiago, llevó el pendón a la iglesia el gobernador, con los alcaldes, regimiento y todos los demás castellanos, con la misma solemnidad que el día anterior; y ante el escribano del Cabildo y en manos del sacerdote prometieron e hicieron juramento de que todos los años y perpetuamente sacarían el pendón de la ciudad, desde las casas del Cabildo, y se llevaría a la iglesia mayor, después de haber andado toda la ciudad, asistiendo a las primeras visperas y a misa, a lo cual se obligaban la justicia y el regimiento; y recibieron, en fin, por patrono de la ciudad y del reino, al glorioso Apóstol Santiago. Hecho el juramento y promesa, se fueron a las casas del Cabildo y subieron el tablado; toda la infantería hizo las salvas con los arcabuces, y el gobernador, teniendo el pendón en las manos, comenzó a tremolarlo, y en voz alta, dijo: —“¡Castilla, Castilla y León, por la sacra Majestad de Carlos, rey de ella: teniendo este pendón en señal de posesión de esta ciudad de Compostela, poblada por su real mandato, y la nombro por tal!” Disparóse la artillería, con grandes clamores de regocijo, y volvió el gobernador por segundavez a decir: —“¡Castilla, Castilla y León y la Nueva Galicia de la sacra Majestad del Emperador: teniendo este pendón en señal de posesión de esta ciudad, y ser poblada por su real mandato!” Volvió tercera vez, tras las salvas, a decir: —“¡Castilla, Castilla y León y la Nueva Galicia del Rey Don Carlos nuestro señor, que la Divina Majestad guarde por muchos años!” Disparóse toda la artillería, tocaron la música, cajas y trompetas, y luego la justicia y el regimiento pronunciaron un auto en que ordenaban que el regidor más antiguo sacase el pendón, y que sucesivamente cada uno lo fuese sacando por sus antigüedades; hecho lo cual le mandaron poner en un cofre y se entregó al regimiento. A los veintiseis días de Julio se hizo lista de los vecinos, y fueron cien castellanos los que se avecindaron, y el gobernador les dió encomiendas para perpetuarlos, aunque no tan aventajadas como quisiera. Luego señaló jurisdicción a la ciudad, dándose posesión de las encomiendas por los capitanes Cristóbal de Oñate y Juan de Villalba, y quedó nombrado por el gobernador Nuño de Guzmán el capitán Cristóbal de Oñate por su lugarteniente y jus-

ticia mayor de Compostela, capital del reino de la Nueva Galicia.

*
* *

Fundada Compostela y erigida en sede de su gobierno, atendió Nuño de Guzmán a organizar sus estados, harto conturbados y revueltos. Repartió varios capitanes por toda la costa del mar del Sur, quienes descubrieron más de ciento cincuenta leguas de costa y formalizaron, por auto de escribano, la posesión. Toda la gente de tierra estaba alborotada; hallábanse los pueblos desiertos, y los indios del ejército de Nuño de Guzmán, que no podía evitar estos daños, por la falta de disciplina de su gente, viendo que los indios iban adquiriendo poco a poco y aquí y allí varias ventajas sobre su ejército, matando a muchos castellanos, y a muchos más indios amigos que encontraban descuidados, acudió a remediar en lo posible este grave mal, castigando a algunos codiciosos y refrenando con ejemplares y oportunos castigos y rigores algunos motines de su ejército, que distribuyó por zonas, enviando una buena parte a Culiacán, donde, como ya se ha dicho, labrara para su seguridad una fortaleza en el pueblo de Navito, y fundara la villa de San Miguel. Y deseoso de tener noticias de Méjico y darlas él por su parte, ya que no se tenían de él, directamente, desde hacía más de dos años, envió a su amigo de mayor confianza, el capitán Peralmindez Chirinos, con pliegos y regalos, para dar conocimiento en Méjico de la nueva conquista y de la asombrosa riqueza de las tierras conquistadas.

Hallábase Fray Martín de La Coruña en Cutzalan junto al gran lago de Chapala, cuando tuvo noticia de que el Padre Fray Martín de Valencia, por segunda vez Custodio del Santo Evangelio de Méjico, se disponía a ir con otros compañeros a Tehuantepec, puerto del mar del Sur, perteneciente al señorío del Marqués del Valle y que dista ciento cincuenta leguas de Méjico, por haber tenido revelación de que había otras muchas gentes de mayores talentos que los de la Nueva España, necesitados de ser traídos a la fé y doctrina de Cristo. Deseando ensanchar los límites de la Iglesia de la Nueva Galicia, puesta bajo su custodia,

quiso Fray Martín de La Coruña ser de esta santa jornada, y cuanto antes procuró reunirse con su prelado que había ido a embarcarse en aquel puerto. Fue admitido con especial agrado por su superior, y junto a él permaneció con los otros compañeros siete meses, aguardando a que se armasen las naves, según la promesa hecha por Cortés a Fray Martín de Valencia de que le llevaría a él y a sus compañeros en la expedición organizada para vengar a los muertos de la anterior de Diego Hurtado de Mendoza, socorrer a los vivos, si los había, y conocer el secreto y cabo de toda aquella costa hasta lo más al norte que se pudiera. Viendo Cortés que, a pesar de sus instancias, los oficiales y maestros no habían cumplido para el tiempo señalado el empeño en que se obligaran para la construcción de los navíos, determinó ir él en persona desde Cuernavaca, donde residía, a Tehuantepec; y aunque puso toda la diligencia posible en activar las obras, no se acabaron tan presto.

Considerando entonces Fray Martín de Valencia la tardanza excesiva en el apresto de las naves, viendo que el capítulo de la Custodia se acercaba, y —como dice el cronista franciscano— porque tuvo revelación de que aquella conquista no la guardaba Dios para él, volvióse a Méjico, dejando en el puerto tres de sus compañeros, entre ellos Fray Martín de La Coruña, para que, acabados los navíos, se embarcaran en ellos y fuesen a descubrir las tierras que tanto deseaban para ensanchar los límites del reino de Cristo.

Mientras seguían los aprestos de los dos navíos en la rada de Tehuantepec bajo la diligente mirada de Cortés, no estuvieron ociosos los tres religiosos que habían de ir en ellos en busca de almas, en tanto que los otros iban en busca de oro, ocupándose en la instrucción y catequesis de los naturales del istmo de Tehuantepec, gente despierta y de buen ánimo, entre la cual pronto logró gran ascendiente Fray Martín de La Coruña, hablándose en su propia lengua zapoteca. Fundó numerosas iglesias y puso la de Tehuantepec bajo la advocación del Apóstol Santiago, nombre que tomó asimismo el puerto donde se estaban armando los navíos del Marqués del Valle.

Tardó éste tres meses en labrarlos y despacharlos, sin que pudieran hacerse a la mar y salir del puerto de Santiago hasta el 30 de Octubre de 1533. A uno de los navíos puso el nom-

bre de "La Concepción", dándole por capitán a Diego Becerra de Mendoza, pariente suyo y natural de la ciudad de Mérida. Al otro navío le llamó "San Lorenzo", dando su gobierno a Hernando de Grijalva, natural de la villa de Cuéllar. Iban en "La Concepción" como piloto mayor el vizcaíno Fortún Jiménez, y en el "San Lorenzo", como segundo piloto, un portugués llamado Martín de Acosta. Cuenta Gómara cómo estas dos naves se derrotaron una de otra la primera noche que se hicieron a la vela, y nunca más se vieron. Fortún Jiménez se concertó con muchos vizcaínos que iban en la nao "La Concepción", y mató a Diego Becerra estando durmiendo. Parece ser que el carácter de éste era altanero y daba mal trato a la gente, de la que era mal quisto; y habiendo tenido una disputa con Fortún Jiménez, los descontentos se aprovecharon del sueño de Becerra para alzarse con la nao, después de matarle con algunos de sus leales. Y hubieran ocurrido mayores males sin la intervención pacificadora de Fray Martín de La Coruña y de sus compañeros de hábito y misión. Tomó el mando Fortún Jiménez, y por no soportar las severas censuras de los religiosos, arribó con el navío a un pequeño puerto de la provincia de los Mitotes —Motines la llama Gómara— y allí desembarcó a los tres franciscanos, abandonándolos a su suerte. Tomó agua, y fué de allí a dar en la espléndida bahía de Santa Cruz, hoy en día la Baja California; saltó a tierra, y acudiendo, los indios, le mataron a él con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros a Chiametla de Jalisco en un batel, y dijeron a Nuño de Guzmán lo ocurrido y cómo habían hallado muchas muestras de perlas. El otro navío, llamado "San Lorenzo", siguió viaje y anduvo más de trescientas leguas por el noroeste sin ver tierra, hasta que resolvió Hernando de Grijalva meterse mar adentro a ver si hallaba algunas islas, y topó con una que llamó de Santo Tomás, porque tal día la descubrió. No volvió a saberse nada de él hasta que, en el viaje de exploración que emprendió Peralmindez Chirinos hacia Tsinaloa, al llegar al río de Tamochalá, hoy Tamachula, vino a saber que allí había sido muerto Diego Hurtado de Mendoza, jefe de la anterior expedición mandada por Cortés a descubrir las costas más septentrionales del mar del Sur, y que, rechazado del puerto de Jalisco por Nuño de Guzmán, que no permitió siquiera hiciese aguada, siguió navegando más

de doscientas leguas hasta que halló su muerte peleando con los indios de Tsinaloa. Supo también allí Chirinos el mal éxito de la segunda expedición mandada por Becerra y Grijalva, y de todo ello dió noticia puntual a Nuño de Guzmán, que se holgó mucho al conocer el fracaso de Cortés en aquellas expediciones en demanda de más tierras que ofrecer a la Corona de Castilla.

En tanto que Hernán Cortés se sacrificaba en procurar, por nuevos descubrimientos, el aumento de los señoríos de su soberano, lanzándose al mar para reconocer el golfo de las Californias y descubrir al fin la que llevó su nombre—mar de Cortés o mar Bermeja—conquistando aquellas riquísimas provincias para mayor honra y poderío del Emperador, dedicábase afanosamente Nuño de Guzmán a consolidar sus conquistas de la Nueva Galicia, poblando nuevas ciudades en los confines de las provincias de Colima y de los Frailes o Justo, así como en Tonalá para los límites de Michoacán y provincia de Avalos, cuidando con todo escrúpulo que el Marqués del Valle y el Virrey Don Antonio de Mendoza, el primero de este cargo llegado a Méjico hacía poco, no pudiesen fundar ni poblar ciudad alguna en los confines de su asenderado gobierno. Después de fundar Compostela con autoridad real, trató de corregir el error habido en la fundación de Guadalajara, sintiendo grandemente que no se hubiera hecho en el lugar que él había fijado y que era el de Tlacotlán, sino en el de Tonalá, porque sus pueblos y tierras eran de su encomienda y pretendía que el Emperador le hiciese Marqués de ellas. Y con este pensamiento mandó a sus gentes que se volviesen a donde habían comenzado a poblar, y que se conservase a lo poblado el título de Guadalajara, su patria, en el reino de Toledo; nombró alcaldes y regidores, y por Justicia mayor, al capitán Juan de Oñate, como lo había sido antes, y repartió a los vecinos en encomienda toda la Caxcana, la Barranca y algo de la Texcuexa y Cocas; señaló jurisdicción a la villa desde la provincia Avalos, la Texcuexa, Caxcana, los Ajos, Pénjamo, Cuina, Cuiseo del Río, que son confines de la Taxca, Tzacatecas y Tépic; partió términos con la ciudad de Compostela en Guajijjar y Tequila, e hizo dar asiento en la villa, proveyendo a todo lo perteneciente a una república bien organizada. Además, ansiando siempre ensanchar sus dominios y rivalizar con Cortés en sus nuevos descubrimientos y aún estor-

barlos en lo posible, envió a Peralmindez Chirinos y a José Angulo al descubrimiento de nuevas tierras adelante de Culiacán. El capitán Angulo atravesó las serranías fragosísimas de Topia, donde descubrió indios belicosos y feroces, bajó a los llanos de Pánuco, que luego se llamaron de Guadiana y que conquistados más tarde por el capitán Francisco de Ibarra, formaron la gobernación de la nueva Vizcaya. A fines de 1532 regresó Angulo a la villa de San Miguel para dar cuenta a Nuño de Guzmán de sus descubrimientos, que dejaban entrever los que más tarde llevaron a cabo los que exploraron el norte de la Nueva España hasta los confines de la Arizona y el Colorado.

Por su parte, Peralmindez Chirinos fué por la parte alta que riega el río Petatlán en busca de las siete ciudades, de que tenía noticia Nuño de Guzmán. Dominó el valle de Petatlán — “petatl”, estera, país de las esteras— y caminó hacia el río de Tamochalá, hoy Tamachula, donde tuvo conocimiento del lamentable término de la expedición de Diego Hurtado de Mendoza y del triste fin de éste y sus compañeros en la bahía de Banderas.

En aquellos días, vuelto Fray Martín de La Coruña del viaje que hizo en los navíos del Marqués del Valle y de su forzado desembarque en el país de los mitotes, llegó a Tlamazotlán, ocupándose desde luego en la conversión de los pueblos, llevado de su celo infatigable y recorriendo todos los que hay desde allí a Tonalá, hasta que llegó el Padre Fray Antonio de Segovia y convino con él la fundación del convento de Etzatlán, del que fué nombrado prior Fray Francisco Lorenzo.

Era corrido el año 1536 cuando Nuño de Guzmán tuvo aviso de la ciudad de Méjico cómo Su Majestad y el Real Consejo de Indias habían despachado dos Cédulas en que mandaban que los pueblos dados en encomienda por Nuño de Guzmán, siendo presidente de la Real Audiencia, a personas que llevó consigo a la conquista de Michoacán y Jalisco, se devolviesen al Marqués del Valle, a quién pertenecían. Se disponía además que se paga-

sen por Nuño de Guzmán los réditos correspondientes y que el Marqués del Valle poblase lo que él había ganado en Jalisco y le tenía usurpado Nuño de Guzmán. Y por último, mandaban el Emperador y su Real Consejo que el Marqués del Valle poblase una villa en los confines de Colima, para lo cual el propio Marqués había confiado la ejecución de las órdenes de Su Majestad a Don Luis de Castilla, Caballero del hábito de Santiago, a quien había investido de plenos poderes al efecto. Supo también que Don Luis de Castilla no tardaría en salir de Méjico para la Nueva Galicia, con cien castellanos de a pie y a caballo. Sobresaltose Nuño con estas noticias, y con la vehemencia en él característica tomó las disposiciones que estimó convenientes para recibir la visita de Don Luis de Castilla, al que aguardó en Compostela, sede de su gobierno.

Receloso de los intentos del mandatario de Cortés, puso Nuño de Guzmán espías en el camino de Etzatlán a Compostela, por lo que supo que aquél venía desprevenido y como a cosa fácil. Mandó entonces a Cristóbal de Oñate, con mucha tropa, a prenderle, y como no era fácil asegurarse de la persona de Don Luis de Castilla a fuerza abierta, por venir tan autorizado con los poderes del Marqués del Valle, que como Capitán General se los había otorgado para cobrar lo suyo, se valió Cristóbal de Oñate de la maña para lograr su intento. Era grave el trance, porque Don Luis de Castilla era portador, no solo de los poderes de Cortés sino de instrucciones de la Real Audiencia, que le invistiera de facultades especiales para poblar una villa en Jalisco, dándole una escolta de soldados del Emperador para hacer cumplir sus órdenes. Avistose, pues, el de Oñate con Don Luis de Castilla y le invitó a pasar a su campamento, donde le obsequió con excesiva largueza, así como a los soldados de su escolta, que en un instante convenido fueron desarmados, quedando prisioneros con su jefe, al cual siguió tratando con suma cortesía Cristóbal de Oñate durante todo el trayecto hasta Compostela.

Prevenido Nuño de Guzmán de la llegada del enviado de Cortés, se apresuró a recibirle con gran pompa y miramiento; y al preguntarle a qué fin había venido al Nuevo Reino de Galicia con gente de guerra, sin prevenirle, Don Luis de Castilla le respondió: "Que venía enviado de la Real Audiencia y del Marqués del Valle a ejecutar una Cédula Real en la que man-

daba Su Majestad que las provincias que había ganado y sujetado a la Corona el Marqués del Valle en el año 1527, las poblase dicho Marqués y se incorporasen al gobierno de la Nueva España." Quiso Nuño de Guzmán ver la Real provisión y la comisión de Don Luis, y leídas en voz alta, llamó a su secretario y le dijo: "Notificadme esta Provisión y Real Cédula que trae el Señor Don Luis de Castilla, que conviene a mi derecho y al suyo." El secretario se la notificó, y Nuño de Guzmán tomó la Real Cédula, la besó y puso sobre la cabeza, diciendo que la obedecía como carta de su Rey y Señor, pero en cuanto a su cumplimiento, suplicaba ante la Real Majestad del Emperador que no convenía a su Real Servicio dar a Don Fernando Cortés las provincias en la provisión referidas, porque hacía cinco años que él las tenía pobladas en nombre de Su Majestad, padeciendo por ello muchos trabajos; y que por orden de la Reina había poblado aquella ciudad de Compostela y dado al reino el título de Nueva Galicia, y al presente estaba poblando muchas villas y lugares con españoles, y que cuando él entró lo halló todo en guerra, sin iglesias, ni doctrinas."

Dada su respuesta y concluidas las formalidades de derecho, apeló Nuño de Guzmán a la Real Audiencia, con el ánimo de dilatar el litigio. Después de la recepción, al parecer amistosa, que le hizo a Don Luis de Castilla, cambió de tono y acaso de parecer, pues se sospecha que tuvo intención de mandar cortar la cabeza, limitándose a notificarle que luego, sin dilación, saliese con su gente de la ciudad y del reino, so pena de la vida por declarársele traidor al Rey, añadiendo que bien se podía volver a Méjico cuando quisiese, pues había hallado poblada y ocupada aquella tierra; y así se volvió a Méjico Don Luis de Castilla quedando Nuño de Guzmán sin recelos de perder aquellas provincias.

Luego que llegó a Méjico Don Luis de Castilla, dió razón de su jornada al Marqués del Valle, quien le reprendió por su poca habilidad y le ordenó entregase los papeles de su despacho a la Real Audiencia, en la cual tomó voz el Fiscal del Rey y se siguió la causa. Concluída ésta se remitió a España para que el Emperador la determinase; y llevando el proceso consigo el regidor de la villa de Guadalajara, en el Reino de la Nueva Galicia, Santiago de Aguirre, quiso la suerte que la nao en que iba, se hundiese en el medio de la mar, pereciendo toda la gente sin

escapar cosa alguna; y como el proceso era original, con el naufragio se acabó todo y no se trató más de la causa, con lo que Nuño de Guzmán logró su pensamiento, quedándose con las provincias sobre que se competía, logrando al fin que, más tarde, el Emperador le adjudicase definitivamente la gobernación de la Nueva Galicia.

Desembarazado Nuño de Guzmán de este cuidado, trató de fundar una villa en los confines de Colima, para suplantar el derecho que a ello tenía el Marqués del Valle; y enterado por el capitán Juan Fernández de Hajar de que había un puerto bueno para poblar, en las provincias de Tuix y Coronados, se determinó a asentar allí la villa que premeditaba establecer. Salió de Compostela, acompañado de los vecinos que tenía escogidos para poblarla, todos de buena sangre y nobles. Fué por Aguacatlán y Etzatlán y desde este pueblo fué cercenando la jurisdicción de la Nueva España. Repartió entre varios capitanes, a título de encomiendas, los pueblos y tierras de Huachinango, Matzcotlá, Tepotzitzaloyan y Cuautlán; a otros conquistadores dió la mitad del valle de Ezpuchimilco y hasta la mitad del puerto de la Navidad; y finalmente, toda aquella parte que cogía las tierras confinantes a la villa de Colima y pueblos de Piloto y Frailes hasta Compostela, la quitó a la Nueva España y la incorporó a la Nueva Galicia; y aunque vinieron Cédulas Reales para que la restituyese al Marqués del Valle, a quién pertenecían por fuero de descubrimiento y ocupación, aunque somera, se dió tan buena maña para eludir su cumplimiento que se quedó con todo.

Llegado al valle de Ezpuchimilco, eligió el mejor y más acomodado sitio, que fué Tecomatlán, y allí fundó la villa y le puso el nombre de la Purificación de Nuestra Señora. Fundóse la villa cerca de un hermoso río, el cual sangrando por varias partes, sabiamente canalizadas las aguas, regaba las huertas y egidos de ella; y mediante este gran beneficio se daba muy bien la caña dulce y todo género de frutas. El ganado mayor se criaba con abundancia, y los vecinos de la villa gozaban de todas las comodidades de la vida humana. En la jurisdicción de la villa había más de doscientos mil indios en los primeros años de la fundación; a fines del siglo XVIII apenas si llegaban a doscientos.

Asentada la villa, volvió Guzmán por la costa a Compostela,

contento por haber poblado tan rica villa en tan buena provincia, que era la llave de su gobernación, y quitaba al Marqués del Valle y a los de Colima para que no le inquietasen. Ocurrió entonces la gran sublevación de los indios de Culiacán, provocada por las intemperancias e injusticias de Diego Hernández de Proaño, capitán y justicia mayor de aquella provincia. Las crueldades cometidas por Proaño y sus seides fueron tales que, llegando a los oídos de Guzmán, hubo de sobresaltarse, por lo que despachó un juez de comisión para que prendiese al capitán Diego Hernández de Proaño y le notificase que, so pena de la vida, pareciese en Compostela, donde, en cuanto así lo hizo, Nuño de Guzmán procedió contra él, y finalizada la causa, le sentenció a ser degollado y a perdimiento de bienes, pero tuvo buenos terceros en los hermanos Oñate, en Alvaro de Bracamonte y en Juan de Samaniego, los cuales alcanzaron de Nuño de Guzmán que le otorgase la apelación para la Audiencia de Méjico, enviándole preso a aquella ciudad. En ella se procedió a la conclusión de su causa por parte de la Real Audiencia, que le condenó en costas y le dejó por libre, porque tuvo buen valedor en su tío Diego de Proaño, Alguacil mayor de Corte. Calmada la gran insurrección, proveyó Nuño de Guzmán por justicia mayor de Cualicán al capitán Cristóbal de Tapia, vecino de aquella villa, persona noble y de buen talento, que con buenos y apacibles modos llegó a pacificar enteramente la villa y su jurisdicción.

Entretanto los capitanes enviados desde Cualicán a reconocer las tierras que caen más arriba del río Yaquimi, prosiguieron su viaje, y al llegar, a una jornada de Tsinaloa, a los ojuelos en el río Petatlán, ocurrió el suceso más extraordinario quizá en toda la Conquista de América. Fué el hallazgo de Alvar Nuño de Cabeza de Vaca y sus compañeros en la inaudita aventura: Dorantes, Castillo, Maldonado y Estebanico el negro, cuya aventura, tan conocida, es de las más famosas de la historia. Sabido es que, a comienzos del año 1528 escaparon del desastre sufrido en la Florida por el descubridor Pánfilo de Narvaez y su expedición, Alvar Nuño de Cabeza de Vaca y sus cuatro compañeros; desde la Florida anduvieron vagos y al azar cerca de ocho años entre naciones infieles, viviendo desnudos, errantes y padeciendo infinitos trabajos, marchando sin cesar, rumbo al poniente, hasta que aportaron a las costas de Cualia-

cán y luego al río Yaquimí, donde fueron encontrados y recogidos por el capitán Lázaro de Cebreros, quien avisó del extraordinario hallazgo a su jefe el capitán Chirinos, que mandaba la expedición. Recibidos por éste, que no podía disimular su asombro, contóronle los peregrinos sus inmensos trabajos durante todos aquellos años, calculando que la travesía que hicieron de un mar a otro era de doscientas leguas, y así lo certificaron luego en la villa de San Miguel, a donde los envió Chirinos después de agasajarlos y vestirlos, haciendo constar en la relación, con juramento y ante escribano aquellos y otros muchos detalles positivamente insólitos, más las noticias e informes de cuanto habían visto y oído y reconocido. Tiene esta curiosísima relación la fecha del 15 de Mayo de 1536. Parcos estuvieron en el cálculo de la distancia recorrida, porque desde las costas de la Florida a Cualiacán hay bastante más de doscientas leguas.

El capitán Chirinos, después de oída la asombrosa narración, los envió, cuando hubieron descansado, a la presencia de Nuño de Guzmán, quien los recibió con mucho agrado y los mandó vestir y regalar con mucha generosidad; pero habiendo advertido estos peregrinos extraordinarios, al cabo de varios días de descanso en Compostela, el mal orden que se tenía en hacer esclavos y en tiranizar a los indios, no se recataron en manifestárselo a Nuño de Guzmán, aconsejándole que se fuese a la mano en ello, y lo remediase, reparando no le viniese algún daño por ser en deservicio de Dios y del Rey. No dejó de enfadarse Nuño de Guzmán de esta reconvención, y trató de despacharlos cuanto antes para Méjico, desviando de sí a estos fiscales, en exceso severos, de su desacertada conducta. Pasaron, pues, a Méjico, Alvar Nuño Cabeza de Vaca y sus compañeros, llegando allí el 22 de Junio de 1536, siendo muy bien recibidos del Virrey Don Antonio de Mendoza.

Era entrado el año 1537, cuando más tranquilo y seguro se consideraba Nuño de Guzmán y bien establecido en su conquista, transpiraron las quejas de sus excesos a la Corte, porque

los muchos enemigos que su áspera condición le granjeara, así en la Nueva España como en la Nueva Galicia, lograron hacer llegar al Rey la relación de todo lo que había obrado en contra de sus Reales intereses y de las crueldades ejecutadas con el rey de Michoacán e infinidad de indios de su gobernación. Contenían estas acusaciones muchos capítulos de delitos que no se podían disimular, y así, para su averiguación, no obstante que Su Majestad había mandado a la Real Audiencia de Méjico le tomase residencia, y como quiera que no cesaban las quejas contra Guzmán y empeoraban las causas pendientes contra él los rumores que había en la Corte, cada vez más violentos, determinó el Emperador quitarle el gobierno de la Nueva Galicia y proceder contra él con mano dura. Sabedores de esto, los agentes que Nuño de Guzmán tenía en Méjico, se apresuraron a escribirle, aconsejándole que sería medio para que abonzanasen sus negocios, anticiparse a la llegada de las órdenes soberanas, e irse a la Corte voluntariamente a dar satisfacción al Emperador de cuanto pasaba. Parecióle bien a Guzmán el consejo, para lo cual hizo juntar en Compostela a sus más íntimos y confidentes, dándoles a conocer su determinación de hacer un viaje a España, y todos convinieron en que era muy acertada y que debía irse cuanto antes; los unos, por echarle de sí, y los otros por entender que en la ausencia serían mayores sus aumentos.

Resuelto, pues, el viaje, nombró Nuño de Guzmán por su teniente gobernador, con general administración del reino de la Nueva Galicia, al capitán Cristóbal de Oñate, y dejó nombrados por justicias de las otras villas a otros capitanes, de sus más adictos.

Puesto en marcha, acompañado de treinta españoles, fué siempre caminando por despoblados hasta llegar a Pánuco, donde había sido gobernador; allí recogió algunas preseas para los gastos del camino, siendo su propósito embarcarse a la ligera y sin ruido para España. Pero su avaricia le dió el mal consejo de ir a Méjico, con motivo de no perder unas sumas más, algo crecidas, que le debía la caja Real de Méjico de resultas de sus salarios como presidente de la Audiencia, y allá se fué, rectificando su aviso de embarcarse pronto y sin llamar la atención. En Méjico fué recibido por el Virrey Don Antonio de Mendoza con los miramientos debidos a la calidad de su persona,

pero no por eso dejó de notificarle la Real Cédula de Su Majestad para que no se le nombrase gobernador de Pánuco, lo que obedeció y acató Guzmán con harto disgusto y sinsabor, lo mismo que el nombramiento que hizo el Virrey de otro gobernador para el mismo lugar, conformándose a las órdenes superiores que tenía para ello.

En este medio tiempo empleado por Nuño de Guzmán en recoger sus tesoros, disponiéndose con harta parsimonia a salir para España, llegó a la Veracruz una nave en que venía el licenciado Diego Pérez de la Torre, juez que era de Extremadura y a quien el Emperador encargara de sustituir a Nuño de Guzmán en el gobierno de la Nueva Galicia. Llamado a la Corte por el Rey, bien informado de su probidad y rectitud, le mandó que cuanto antes se trasladase a Méjico a tomar la residencia de Nuño de Guzmán. Diéronle los despachos, entre ellos una Real Cédula para que gobernase el reino de la Nueva Galicia, de conformidad con el auto que la Real Audiencia de Méjico había pronunciado para que Guzmán fuese preso y se le secuestraran sus bienes. Aunque se le habían dado sus despachos, como cada día llegaban nuevas quejas y avisos diferentes a la Corte, dispuso el Rey se le diesen otros, mandándole abreviar su partida y que se le facilitase un navío par su viaje. Habiéndose embarcado en él con su mujer y sus hijos, llegó con prosperidad y muy en breve a San Juan de Ulúa, donde desembarcó, y sin más dilación se puso en camino para la ciudad de Méjico, dejando a su familia en Veracruz para que le siguiese sin tanta prisa. Así que llegó a Méjico, se encaminó derechamente a las Casas Reales, donde el Virrey, Don Antonio de Mendoza, se aposentaba; y mandó a un paje que avisase a Su Excelencia de su llegada, pidiéndole licencia para entrar, porque traía pliegos de Su Majestad que darle personalmente.

Fué su entrada tan a tiempo que no pudo serlo más, porque se hallaba Nuño de Guzmán tratando con el Virrey de su partida para los reinos de Castilla, bien descuidados uno y otro de que hubiese navío en el puerto y pliego en Méjico. Y entrando en la sala el licenciado Diego Pérez de la Torre, hizo su cortesía al Virrey, y reparando en Nuño de Guzmán, se llegó a él y echándole mano a la guarnición de su espada, —porque no usaban traer garnachas los oidores, sino galas, y estaban en traje casi militar,— le dijo en alta voz: “Usía sea preso por el

Rey Nuestro Señor" y sacó la provisión y enseñó los recaudos que traía para prenderle. Quedó Nuño de Guzmán suspenso y pasmado al oír la voz del Rey, pero se repuso y pareció querer hacer resistencia. Llegaron entonces varios negociantes y algunos principales caballeros de la ciudad, que dieron auxilio al juez de residencia, quien llevó preso a Nuño de Guzmán a las Atarazanas del Rey, entregándolo a Lope Samaniego, alcaide de ellas. Volvió el juez a palacio, donde satisfizo al Virrey de la aceleración con que había ejecutado la prisión de Guzmán, respondiéndole su Excelencia que había hecho su oficio como buen juez. Pasado esto, todos los contrarios de Nuño de Guzmán requirieron a este juez de residencia enviase con cuidado a España la persona de aquél, porque no se le fuese, diciendo que había rumor y se tenía por cierto que disponía de un navío para irse a España, y de allí a Génova, sin tocar en la Corte, por estar en aquella república, por Embajador nuestro, su hermano Juan Gómez de Figueroa; y con esto el juez puso a buen recaudo en su prisión al reo de Estado, Don Nuño de Guzmán. El Marqués del Valle y el Virrey, como interesados en la seguridad de este preso, no se descuidaron en tomar precauciones, y de este modo el Licenciado Pérez de la Torre logró ejecutar las órdenes de la Corte con toda felicidad.

Cumpliendo, pues, su mandato e instrucciones, comenzó el Licenciado Don Diego Pérez de la Torre a ejercer su oficio, y mandó pregonar la residencia de cuando Nuño de Guzmán fué Presidente de la Real Audiencia de Méjico durante dos años. Seguíanle el Marqués del Valle y otras personas de distinción; el Fiscal de Su Majestad tomó la voz, por su parte, en lo tocante al Patrimonio Real. Se hizo cargo a Nuño de Guzmán por la muerte atroz que injustamente ejecutó en el gran Caltzontzi, rey de Michoacán, torturándolo antes para arrancarle cuanto oro pudiera darle; y cómo sin comisión de Su Majestad juntó gente para entrar en Jalisco, donde había quemado y asolado los pueblos que el capitán Don Francisco Cortés de San Buenaventura había conquistado y puesto bajo el dominio real de Castilla por orden del Marqués del Valle. Presentóse contra él acusación de que por su mala disciplina en el gobierno de su gente, más de doce mil indios tarascos y mejicanos, que había llevado consigo a la jornada, tratándolos, sobre todo a los tarascos, como bestias de carga; así como de su inhumanidad de haber hecho

esclavos en guerra y sin ella, herrando hasta algunos niños de pecho, y de haber sacado de Pánuco más de cuatro mil esclavos sin orden de Su Majestad. Otros varios se le hicieron sobre sus extorsiones y crueldades; y concluida su residencia, la cerró el Licenciado Diego Pérez de la Torre, habiéndole secuestrado sus bienes y teniéndolo preso más de un año, hasta que llegó orden del rey para que, con fianzas y juramento, se presentase con ella en el Real y Supremo Consejo de los Indias, y así se ejecutó puntualmente.

Algunos autores dicen que Nuño de Guzmán estuvo preso en una jaula y que de ella le sacaron para remitirle a España; pero lo que se tiene por verdadero es que fué asegurada su persona en la forma referida y pasó todo como queda dicho, sin innecesarias violencias ni indignidades. Luego que Nuño de Guzmán llegó a España, mandó Su Majestad que no entrase en la Corte, sino que se estuviese en calidad de preso en Torrejón de Velasco, distante ocho leguas de ella, con permiso para que las pudiese andar en circuito, pero sin salir de aquel término so pena de muerte; y así estuvo preso durante mucho tiempo, instando siempre para que se viese su residencia, la que sufrió muchas dilaciones en su reconocimiento, padeciendo entre tanto este malaventurado conquistador grandes penurias y miserias. Cuando en 1540 volvió a España el Marqués del Valle para no retornar nunca más a Méjico, y supo el desamparo en que se hallaba su mortal enemigo Nuño de Guzmán, se portó con él con mucha generosidad, pues doliéndose de sus trabajos, le socorrió con dineros y procuró hacer sus causas, mostrando su pecho noble, y estando ya para verse su residencia, murió en el año 1544 sin ser castigado en este mundo de sus delitos; bien que tanta era la gravedad de sus culpas, que a no haber tenido en la Corte personas piadosas que le amparaban, según presume el cronista, a buen seguro que hacía ya tiempo que hubiese pagado con la cabeza.

Era Nuño Beltrán de Guzmán, como se ha dicho, natural de la ciudad de Guadalajara, en el reino de Toledo, hijo de gente noble, de proporcionada estatura, discreto y bien hablado, docto en su facultad de leyes, de grande ánimo e inclinado a grandes proezas, resuelto en las cosas árdas que se le ofrecían, sufrido en los trabajos, y más inclinado a su propio parecer que al ajeno, de natural intrépido, altivo, dado a la va-

nagloria y al orgullo, de corazón cruel y de extremada rapacidad, como se ha visto en el discurso de la conquista de la Nueva Galicia. "Si fuese tan gobernador como caballero —dice Gómara— habría tenido el mejor lugar de Indias; empero, hubo mal con indios y con españoles."

Murió este conquistador desgraciado de su Rey y Señor, aborrecido por los más, querido de muy pocos o de nadie y sin el premio que sus continuos y muchos trabajos merecían, porque no se puede negar que por su buena maña e industria se consiguió la adquisición, conservación y aumento de las vastísimas tierras que forman lo que se conoce por Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, proporcionando la entrada a la Sonora y Nuevo Méjico, que se hizo con variedad de sucesos en los siguientes años; y ahora más que nunca —hace observar el cronista franciscano— es el objeto particular de nuestro ministerio, para asegurar la conversión a nuestra Santa Fé de infinitos bárbaros que vivían brutalmente dispersos en tan vastas y montañosas regiones del Norte de la Nueva España.

Así acabó el conquistador y fundador de la Nueva Galicia, la cual, desde aquel momento, al entrar a regirla como gobernador el propio juzgador de Nuño de Guzmán, licenciado Diego Pérez de la Torre, quedó definitivamente incorporada al Virreinato de la Nueva España y a la Autoridad Suprema del Virrey de Méjico.

*

* *

Vuelto Fray Martín de La Coruña a sus predilectas tierras de evangelización, después del lamentable término que tuvo la expedición marítima enviada por Cortés en busca de la armada de Diego Hurtado de Mendoza, tras de quedar abandonado con sus compañeros, en la provincia que el Padre Tello llamó de los Motines, el Padre Beaumont, de los Mitotes, o simplemente tierra de Jalisco, según Bernal Díaz del Castillo, no desmayó ni un punto su celo apostólico, bautizando infinidad de indios, no sólo en Jalisco sino en Colima, en tanto que su fiel compañero y hermano Fray Juan de Padilla, llegado a la provincia de Amula y yendo y viniendo de allí a Tzapotlan, donde

tenía su asistencia, hacía incontables conversiones, derribando ídolos y erigiendo templos, los cuales dispuso de tal suerte que —según refiere el cronista franciscano— era la Iglesia de Mochitla, distante dos leguas de Tzapotlán, lugar predilecto, donde se reunían millares de indios, atraídos por la fama de santidad de Fray Juan de Padilla, la maravilla de su palabra persuasiva y también porque, habiendo acertado a llegar por allí un español llamado Juan Montes, gran músico, cediendo a los ruegos del santo franciscano, comenzó a enseñar la música y el canto eclesiástico a los indios, muchos de los cuales cobraron mucha afición a la música y organizaron coros y hasta orquestas regularmente afinadas.

Mientras el conquistador de la Nueva Galicia, Nuño de Guzmán, tiranizaba y espoliaba a sus súbditos, su primer evangelizador, Fray Martín de La Coruña, ponía todo su celo apostólico en restañar la sangre derramada y en aliviar en lo posible las crueles heridas causadas por los zarpazos del tirano. El juicio que merecían Nuño de Guzmán y su obra al padre espiritual de Jalisco, se refleja en las frases del Padre las Casas en su famoso "Tratado": "Pusieron toda aquella tierra en tan última desesperación, que si Dios no los atajara con la resistencia de los religiosos de San Francisco, y luego con la provisión de una nueva Audiencia Real, buena y amiga de toda virtud, en dos años dejaran la Nueva España como está la Isla Española." Y añade: "Pasó ese gran tirano —Nuño de Guzmán— de lo de Michoacán a la provincia de Jalisco, que estaba entera y llena, como una colmena, de gente, pobladísima y fertilísima, porque es de las fértiles y admirables de las Indias; pueblo tenía que casi duraba siete leguas su población; entrando en ella, salen los señores y caciques con presentes y alegrías, como suelen todos los indios, a recibirle. Comenzó a hacer las maldades y crueldades que solía y que todos allí tienen de costumbre y mucho más, por conseguir el fin que tienen por Dios: el oro; quemaba a los pueblos; prendía a los caciques, dábales tormento, hacía, a cuantos tomaba, esclavos; llevaba a infinitos atados con cadenas; las mujeres paridas, yendo cargadas con cargas que de los malos cristianos llevaban, no pudiendo llevar las criaturas por el trabajo y flaqueza del hambre, arrojábanlas por los caminos donde infinitos perecieron."

Dice uno de sus biógrafos que el celo de este nuevo apóstol

tol estaba en su pecho como el fuego en su propia esfera, y sin parar un punto en la conversión de tantas almas, ya en una, ya en otra parte, tan distantes entre sí que eran menester muchos ministros; pero a todo acudía como quien bastaba por todo, sin comer carne ni pescado en tierra donde todo sobraba, moviéndose al paso que su espíritu ardía; y como todo era fuego de caridad, no bebió ya más vino, siendo así que toda su conversión estaba en países muy fríos como Michoacán, y muy calientes como Jalisco; y que cualidades tan contrarias destemplarían no sólo a un hombre roto, desnudo y postrado como este siervo de Dios, sino al más robusto. Pero con todo no le bebió en su vida, sino que libró a la valentía del espíritu el extraño aliento que podía comunicarle el vino. Siempre anduvo descalzo entre guijas y pedernales, trepando montes y trasegando sierras con la agilidad de un espíritu que juzga las leguas por imaginarias; y así atravesó la una y otra provincias —Michoacán y Jalisco— con el mismo denuedo que el sol, corriéndolas sin parar, hasta que demarcó las trescientas sesenta leguas de longitud y las ciento cincuenta de latitud, que son las que contienen tan numerosas poblaciones.

“A cada paso —siendo infinitos— se recreaban dificultades y estorbos al ministerio y réplica a sus designios para estragarle el ejercicio de la oración mental, y divertirle de su ordinario curso, pero como ya era en él otra naturaleza, no pudieron, aunque le salían al camino la aspereza de los montes y las fatigas del esfuerzo. Con todo, en medio de los cansancios y de la noche, descansaba en brazos de la contemplación y hallaba en ellos el descanso que pudieran haber buscado en los halagos de la cama y las comodidades del apetito. Y así llegó a ser tan vehemente en la oración que los éxtasis y los arrobos eran en él muy frecuentes. Particularmente, siendo guardián del convento de Cuauhnahuac, después que volvió de la larga jornada que hizo con el gran capitán Hernán Cortés a la California, un religioso llamado Fray Quintero, morando en el mismo convento, tal cual convenía al ministerio de entonces, lo halló dos veces arrobado y con el rostro tan encendido como una llama de fuego, como lo tuvo Moisés una vez que habló con Dios en el monte. Si esto vió su compañero en el breve espacio que le comunicó, ¿qué sería en el discurso de su predicación? En ella pasó la mayor parte de su vida, entre mon-

tes y gentiles, comunicando en su cumbre con Dios el rescate de estos miserables, para que fuese —dice el Padre Beaumont— esta provincia de Michoacán la cumbre del monte Oreb, donde Dios en la zarza habló al gran profeta, dándole 'a ley para trocar el yugo de la servidumbre en el de la libertad. ¿Quién duda que haría lo mismo con este nuevo apóstol, en el retiro de estos montes, hablándole al corazón, entre sombríos y funestos pinos, dándole el modo de predicar y propagar su iglesia, trocando la servidumbre de la gentilidad por la libertad del Cristianismo? A vuelta de estos raptos y elevaciones, cortaba el ocio con las disciplinas y cilicios, con que aseguraba los lances que el demonio a cada paso acometía, en que fué tan ordinario como el santo en resistirlo y al cabo le vino a vencer. Porque muchos años antes de su muerte le quitó Nuestro Señor los impulsos de la carne y le dejó tan puro que obraba, estando en ella, como si no estuviese. Y así el espíritu, siendo dueño de la carne, la llevaba y la traía a su mismo andar sin que reconociera el cobre de su bajeza, con que el crédito de nuestro fundador se extendió tanto que, repitiéndole el siervo de Dios Fray Francisco de Soto, tercero de los doce, dijo que “su santidad era tan grande como la del santo Fray Martín de Valencia, padre universal del occidente, Fundador de sus Iglesias, Apóstol de este Nuevo Mundo, en quien concurrió el celo de Elías, la mansedumbre de Moisés, la prudencia de David, la fé de Abraham y la gracia de San Pablo. “Y si él un Martín fué tan grande como el otro seguirían las virtudes de la misma igualdad, para componer tan hermosos ministros.”

¿Qué hizo el apóstol gallego de Michoacán y Jalisco en los años que median desde 1537, en que cayó el tirano de Nueva Galicia, Nuño de Guzmán, hasta 1588 en que el santo evangelizador dejó la tierra por el cielo, centro de las almas? Poco dicen los cronistas, pero esa parvedad en el relato es de una elocuencia asombrosa. Fray Martín de La Coruña se dedicó con insuperable celo, a consolidar su obra de evangelización coronándola con la fundación de templos y conventos, muchos de los cuales aún hoy son asombro de los arqueólogos por su ingente hermosura, noble y severa, inspirada en la austeridad franciscana. Desde que en 1595 fundara la primera iglesia en Tzintzuntzan, con la protección del desdichado rey Francisco Caltzontzi, hasta los últimos años de su piadosa vida, llegó a fun-

dar y a erigir más de quinientas iglesias y setenta conventos en Michoacán y Jalisco. Preciso es advertir que si los aztecas eran de raza guerrera e indómita, sus sentimientos religiosos y morales no tenían la fortaleza y el arraigo que en los tarascos y chichimecas, de tal suerte que la evangelización de Michoacán, y sobre todo la de Jalisco, representa una labor formidable en comparación con la llevada a cabo en el resto del país mejicano. La tenacidad religiosa de Jalisco, es, pues, rasgo fundamental de su carácter, un pervivencia del súbculo ancestral religioso. Puede pensarse qué enorme labor de eradicación sería la que realizó Fray Martín de La Coruña en aquellas gentes que "no acababan nunca de determinarse a tolerar la profanación del culto de sus dioses, ni a renunciar a los efectos de la carne, que tan radicados estaban con la vejez del tiempo, olvidando el padre al hijo, el hijo a la madre, el yerno a la suegra, y el suegro a la nuera, que implícitamente reprueba San Mateo en el género de casamiento que usaban en su gentilidad. Pero instando el espíritu de nuestro apóstol, los reputó los designios de ley con las palabras del Evangelio: "Non veni pacem mittere, sed gladium, veni enim separaren hominem adversus patrem suum et filium adversus matrem suam, et nurum adversus sacrum suam." Y así acabó de asentar el fin del Evangelio y cortó el lazo de la carne y los nudos de los casamientos gentiles; con que tuvo lugar para sentar los preceptos de la ley divina e introducir la verdadera adoración y reprobar la profesión de su falsa secta.

Después de haber cumplido su misión de infundir el espíritu del catecismo en el de estos gentiles, bautizando infinitos, prosiguió sin desmayar ni un instante su apostólica vida, ya en Michoacán, ya en Jalisco, haciendo de ambas provincias un solo cuerpo, que en lo político se llamaba "Nueva Galicia" y en lo eclesiástico era la de San Pedro y San Pablo desde 1535, en que se separó de la del Santo Evangelio, de Méjico hasta que Jalisco y Michoacán se constituyeron en provincias aparte. "Y como fue e ya el oráculo de estas gentes y padre universal de estos recién convertidos, llegó su amor a tan subido punto, que, como si fuera el alma de todos ellos, los movía, los sujetaba y alentaba para cualquier cosa. Estando, pues, en la ciudad de Pátzcuaro, llegó la muerte a premiarle sus merecimientos. Y como "non est in potestate hominis cohibere spiritum," ni

puieron sus hijos en religión suspender los embargos de ella, así murió en la misma ciudad donde está enterrado, en 25 de Setiembre de 1588,—diez meses después que el conquistador de la Nueva España, Hernán Cortés, fallecido el 2 de Diciembre de 1557—habiendo primero dado testimonio del olor de sus virtudes en la fragancia y aroma con que quedó el cuerpo después de frío y yerto, desmintiendo las fatigas y cansancios de la vida. Y concurriendo todos al entierro, se le hizo solemnísimamente en la iglesia que entonces era. “Después de enterrado—dice el cronista franciscano—algunos días, le vieron los clérigos de la ciudad y otros vecinos de ella, vestido de vestiduras sacerdotales blancas, sobre el altar principal de la iglesia, y a sus lados dos candelas encendidas, y otras cuatro sobre su sepultura; y esto, lo vieron dos veces. Después, también sobre su sepultura, muchas personas vieron un fraile cercado de mucha luz y resplandor, conformando Dios a este apostólico varón con el premio discernido al Santo Fray Martín de Valencia, que lo vieron así muchas veces, como lo confirmó en vida. Estilo usado en la doctrina del Apóstol: “sicut socii passionem estis, sic eritis et consolationis”.

“Pasados más de ochenta años y hecha iglesia y convento en otro lugar, en el año 1638, el Padre provincial, en concurrencia de la ciudad, fué en persona con los viejos y ancianos de toda la comarca a sacar el cuerpo de este apóstol de la tierra, para erigir su sepultura en lugar decente y apropiado a sus merecimientos. Y buscando el lugar de la iglesia donde yacían sus restos, de que ya el tiempo había borrado las huellas, topó con los cimientos y cavando todo el cuerpo de la iglesia, descubrieron las gradas del Altar Mayor, y hallaron un cuerpo atravesado junto a la piana, todo comido, y según algunas circunstancias, juzgaron que era fraile de San Francisco porque tenía la cuerda tendida a lo largo, y llegándola a tocar, se deshizo en ceniza; y al parecer tenía capilla, cuyos bosquejos se veían por los hombros y por el pecho. Tenía los pies cruzados, y últimamente, unos pedazos de raso azul de la casulla, lo cual afirmaron los viejos ser así, porque entonces enterraban a los sacerdotes de nuestra Orden con casulla. Con estas congruencias, convencido de que se trataba del que fuera en vida Fray Martín de Jesús o de La Coruña, primer Apóstol de Michoacán y Jalisco, trasladó el Padre Provincial los huesos con mucha solemnidad, misa y vigilia. “Si son o no los

huesos de nuestro Santo fundador —dice el Padre Mendieta— no consta, por evidencia, por no haberla en tiempos tan largos, pero el haber señalado las cenizas la cuerda y el hábito en el lugar de la sepultura del santo, fueron memorias que Dios observó para reprender nuestro descuido, y trasladarlo al lugar que merecieran sus virtudes.”

*

* *

He pretendido bosquejar sobriamente, utilizando los confusos y alborotados datos de las crónicas y las muy pocas noticias de las historias, los dos grandes caracteres que plasmaron históricamente la personalidad de aquel pedazo de tierra, jugosa y fértil, sita al otro lado del mar, que se llamó la “Nueva Galicia”. Fueron dos los artífices: el guerrero y el fraile. El guerrero, un castellano: Nuño de Guzmán; el fraile, un gallego: Fray Martín de La Coruña. Acaso más y mejor que ninguno de los demás que figuran en la doble iconografía de los dioses mayores de la epopeya americana, simbolizan estos dos hombres el tipo-cumbre o el prototipo de cada clase: el guerrero explorador y el religioso misionero. Pocos, entre los grandes conquistadores, lograron reunir las cualidades eminentes del conquistador de la Nueva Galicia. Noble, culto, letrado, apuesto, cortés, inteligente, voluntarioso, audaz y esforzado, fué Nuño de Guzmán y por estas virtudes mereció mejor suerte que la muy desdichada que le cupo; bien es verdad que, obscureciéndolas y soterrándolas, sus defectos y vicios sobrepujaron a cuanto se dijo y se sabe de otro alguno. Su obsesión fueron Cortés y su obra. De ahí que la conquista de la Nueva Galicia constituya el más monstruoso aborto de la envidia, el fruto sorprendente y lozano del más ruín de los sentimientos del hombre. Por eso he querido husmear en el alma de Nuño de Guzmán el sentido político de su tarea, como conquistador y gobernante. ¿Quiso erigir frente a una organización política como la Nueva España, otra autónoma o autárquica como la Nueva Galicia? ¿Aspiraba a crear un Estado de hecho independiente, aunque nominalmente sometido a la autoridad de los Reyes de España? Creo sinceramente que no. Nuño de Guzmán, por espíritu de contradicción, por impulso irresistible

de la envidia, quiso emular a Cortés y ser más conquistador, más gobernante que él. Quiso mandar más, con más autoridad, confundida con la crueldad, sobre más tierras y más gentes que él. Por eso su empeño fué vano y efímero.

Frente a él, y a veces junto a él, a su vera como colaborador, se yergue la figura venerable, apostólica, de Fray Martín de La Coruña, del humilde franciscano de la provincia de Santiago, del misionero explorador, capaz de todos los heroísmos sin dárse cuenta de ellos, por íntima, por congénita, ciega e irresistible vocación. Mientras Nuño de Guzmán conquistaba pueblos, Fray Martín de La Coruña conquistaba almas.

Estos dos hombres coincidieron un día, y del cruce de sus inteligencias y cambio de pareceres e impresiones, brotó un nombre: "Nueva Galicia". Había que bautizar al país que se desplegaba delante de ellos, opulento, pobladisimo, contemplado desde la espléndida atalaya de Cuiseo, frente al maravilloso lago de Chapala. Había que darle un nombre cristiano, como cualquiera de los que a diario imponía Fray Martín al administrar el primero de los sacramentos a sus catecúmenos.

¿Puede suponerse que fuera Nuño de Guzmán, carácter áspero, cruel, hijo de Castilla, quien experimentara la repentina inspiración de dar el glorioso nombre de Galicia a aquella nueva tierra de promisión? El humilde hijo de la provincia franciscana de Santiago, nacido en La Coruña, cuyo apellido llevó y sigue honrando desde la inmortalidad, es, no puede menos de ser, el glorioso oficiante que impuso a aquella hermosa tierra jalisciense, tierra de flores, tierra siempre verde en eterna juventud de primavera, el nombre que llevaba escrito en su corazón: GALICIA

HE DICHO.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Por un precepto reglamentario me veo obligado a presentar el real y venable discurso de recepción del doctor diplomático D. José Cayula Acuña, obligación que cumpla con temer piedad por falta de tiempo para la preparación de un trabajo de esta índole.

La recepción de nuestro Acuña, que ha sido un acto muy digno y satisfactorio por tratarse de un querido amigo de la cátedra que le precedió en Galicia en América, me obliga a un primer estudio para la Congregación.

Después de dedicar algunas páginas a hacer la biografía

D. FELIX ESTRADA CATOYRA

científica, histórica y artística he dedicado un breve espacio a las mercedades que me ha permitido realizar en la Universidad Complutense, en la que cursó con notable aprovechamiento la facultad de Derecho, viéndolo a simultanear en el curso de su vida de otras disciplinas de la jurisdicción con las aficiones literarias desarrolladas por él en sus años mozos, a tal extremo que su trabajo de "El Quijote", de Madrid, dirigido por el doctor D. D. de Viana, cuando apenas había cumplido diez años de edad, mereció el premio de su personalidad literaria que se publicó en la 1.ª y 2.ª edición en las páginas de "Blanca y Negra", "La Fábula" y otros periódicos ilustrados hasta revista de arte y letras prestados cuando, trasladado al seno del jurado de la cátedra de la carrera diplomática en que prestaba los servicios de literato en La Coruña, me hizo el honor de que sus obras se incluyeran en el recuerdo de todos los años de la revista "El Noroeste", de un brillante historial de los años de la gran biblioteca editada que tarde en su tiempo llegó al ser "Unión de la Mancha" de la Habana.

BOULEVARD
DE LA
CALLE DE LA
CALLE DE LA
CALLE DE LA

SEÑORES ACADEMICOS:

Por un precepto reglamentario, me veo obligado a contestar al erudito y notable discurso de recepción, del ilustre diplomático D. José García Acuña, obligación que cumplo con temor grande, por falta de tiempo para la preparación de un trabajo de esta índole, dado el apremio que exige la recepción del nuevo Académico; pero cumplo también este deber con gran júbilo y satisfacción por tratarse de un querido amigo, de un gallego, que laborando por Galicia en América, presenta ese trabajo histórico monumental, que acabais de oír y que exige un gran estudio para ser comentado.

Bien quisiera dedicar algunas páginas a trazar la biografía del nuevo Académico, que hoy venimos a recibir; de este hijo ilustre de la muy noble y antigua ciudad de Betanzos, a cuya exaltación histórica y artística ha dedicado tan hermosas páginas literarias; del que fué brillante escolar en la Universidad Compostelana, en la que cursó con notable aprovechamiento la Facultad de Derecho; viniendo a simultanear en el curso de su vida las severas disciplinas de la jurisprudencia con las aficiones literarias, despertadas en él en sus años mozos, a tal extremo que era redactor de "El Globo", de Madrid, dirigido por el genial Alfredo Vicenti, cuando apenas había cumplido los veinte años; destacándose y acusándose su personalidad literaria con extraordinario brío y pujanza en las páginas de "Blanco y Negro", "La Esfera" y otros periódicos ilustrados, hasta revestir firme y señera prestancia cuando, reintegrado al seno del país natal, en un paréntesis de la carrera diplomática en que prestaba los más meritorios servicios, hizo aquí, en La Coruña, una labor periodística, que aún perdura en el recuerdo de todos, desde las columnas de "El Noroeste", de tan brillante historia en los anales de la prensa herculina, culminando más tarde en su incorporación al gran "Diario de la Marina" de la Habana,

en el que prestó sus servicios como redactor-jefe de la Sección Española, ocupando el mismo sitio que dejara vacante el insigne Curros Enríquez. Y aunque su vocación de periodista parecía absorber todo el caudal de sus aficiones literarias, tuvo tiempo y vagar para mostrar en el libro y en el folleto sus altas dotes de ensayista y de novelador, dando a la estampa obras originales como "De Vita et moribus" (solaces literarios), la preciosa novela de costumbres regionales "La Mariñana" y el interesante y jugoso opúsculo "Idearium Regionalista", en el que hizo patente su amor al ideal autonomista gallego en términos de admirable ponderación y medida. Regionalista entusiasta desde los días escolares en que oyó de los labios del propio Alfredo Brañas los exaltados acentos de su propaganda autonomista, cuando era todavía escolar en Compostela, aquel ideal, fervorosamente profesado, cuajó al fin, andando los años, en la traducción que hizo del libro "El Regionalismo", de J. Charles Brun, prologada por Salvador Canals y avalorada con extensas apostillas, notas, comentarios y apéndices, en los que se estudia la evolución histórica del ideal regionalista en Cataluña, Provincias Vascongadas y especialmente en Galicia.

Ingresado en la Carrera consular desde muy joven, no tardó en prestar los más relevantes servicios, sobre todo durante la guerra hispano-americana, durante la cual, siendo Vicecónsul en las Islas Bermudas, encargado de asegurar el servicio cablegráfico entre Santiago de Cuba y Halifax, logró mantener expedita la comunicación entre el Capitán General de Cuba y el Ministro Plenipotenciario de España en Washington refugiado en el Canadá, cabiéndole el triste privilegio de ser el primer funcionario español que dió la noticia del desastre de Santiago de Cuba. El almirante Concas, en su documentada obra "El viaje de la escuadra de Cervera", hace alusión elogiosa a los servicios del que era entonces Vicecónsul de España en las Bermudas, señor Acuña, prestados a la patria con motivo del abastecimiento de la infortunada escuadra, enviada al sacrificio, estéril y absurdo.

Ocupó después cargos consulares en los Estados Unidos del Norte, Puerto Rico, Venezuela, Panamá, Inglaterra, Francia y últimamente en Méjico, donde ejerce todavía el cargo de Cónsul de España en Veracruz, habiendo ocupado además durante dos años el de Delegado de España en la Comisión Hispano-Mejica-

na de Reclamaciones. Y al estallar en Veracruz, en marzo de 1929, la última, hasta ahora, gran insurrección de los generales obregonistas contra el Gobierno del Sr. Portes Gil, insurrección que llegó a dominar casi la mitad del territorio mejicano, la intervención del Sr. Acuña fué tan eficaz para evitar que se ensangrentaran las calles de Veracruz con una lucha entre hermanos, que logró hacer la entrega de la ciudad a las fuerzas del Gobierno mejicano sin efusión de sangre y en plena tranquilidad pública.

Ni sus aficiones literarias, ni los cuidados de su carrera, ejercida en circunstancias a menudo difíciles y siempre trabajosas y agobiadoras, le distrajeron de sus preocupaciones jurídicas, propias de un espíritu imbuido en las reglas fundamentales del Derecho, de lo que dió abundante y espléndida muestra en sus traducciones pulquérrimas, con prólogo, notas y comentarios, de varias de las obras del gran jurisconsulto francés, León Duguit, entre ellas el "Manual de Derecho Constitucional" —declarada de texto en muchas Universidades de la América Española—, "La evolución del Estado" y "Soberanía y Libertad".

Durante su estancia en la Habana, la Academia Protectora de la nuestra en aquella hermosa Capital, contó siempre con su decidido y valioso concurso, que se demostró cumplidamente tomando parte el señor Acuña en todas sus reuniones y trabajos, habiendo merecido que aquella Sociedad delegase en él su representación para contestar al discurso de ingreso en la misma, del profesor D. Juan J. Remes, catedrático de Literatura en el Instituto de la Habana.

Creo basta con estos ligeros datos que expongo, para apreciar que García Acuña, por su patriotismo y su cultura, viene a ocupar por derecho propio un sillón en la Academia Gallega. ¡Bienvenido seais, amigo mio!

Elegido en la vacante que produjo el gran Murguía, aquel apóstol de las letras galaicas, el precursor del resurgimiento de Galicia, que en sus años juveniles produjo su primer novela "Desde el cielo", que fué también la primera que lei en mi infancia, dejando en mi alma impresiones de dulce melancolía; aquel fundador de nuestra Academia Gallega, conductor y guía que inspira a dos generaciones de gallegos, dirigiéndoles en sus futuros destinos; a aquel grande e inolvidable hombre, viene

el nuevo Académico a sustituir, enalteciendo en su discurso la memoria del gran historiador, ofrendándole una página histórica de Galicia.

Para la narración de la conquista de Méjico, el recipiendario ha hecho acopio de datos, acudiendo a los historiadores primitivos, Bernal Díaz del Castillo, Solís, el Ilustrísimo Gonzaga (provincia de Michoacán) el P. Fr. Alonso de La Rea, en su crónica de la Orden de N. S. P. San Francisco en la Nueva España" en la historia eclesiástica indiana del P. Jerónimo de Mendieta, del P. Torquemada, del P. Fr. Pablo de Beaumont y en la interesantísima crónica del P. Fr. Antonio Tello.

No ha ido García Acuña a buscar en Tocqueville, Laboulaye, Brancont, Carles y Javier Eyne, que consagraron su talento y sus vigilias para describir en admirables páginas la historia, las instituciones, costumbres, carácter y la moral de los países americanos; así como de Humboldt, Alaman y otros que han estudiado Méjico, prefiriendo a nuestros historiadores de los primeros descubrimientos de América y principalmente de los territorios del gran imperio de Moctezuma.

Pensando en Galicia, nos habla de aquellos gallegos, que aunque pocos, fueron con el gran Hernán Cortés a la conquista de Méjico; refiriéndose principalmente a lo que en el orden espiritual hicieron los religiosos franciscanos, aquellos primeros evangelistas de la Nueva España, aquellos doce primeros misioneros españoles, entre los que figuraban varios gallegos, y todos pertenecientes a la santa provincia de Santiago, entre los que hace descollar a Fr. Martín de La Coruña, del que el Padre Larrea da a conocer en su biografía, que "con heroico y abnegado espíritu de sacrificio en su grado máximo, se lanzó con denuedo y entusiasmo a evangelizar Michoacán"; del que habla el P. Fr. Antonio Tello en su "Historia de la conquista de la Nueva España" iniciada por la expedición de Nuño de Guzmán en 1530, en cuyas batallas perdió la vida Pedro de Alvarado el conquistador de Guatemala.

"Legendarios parecen los hechos realizados por aquellos sencillos misioneros", dice García Acuña, "que vestidos de tosco sayal, descalzos, con un bordón en la mano y sin más armas que un crucifijo, se internaron por tierras agrestes, pobladísimas de gentes indómitas, entregadas a la antropofagia, llevados del solo afán de derramar la luz del Evangelio entre las nacio-

nes gentiles, dominados por el santo celo del bien de las almas, sin más gloria que la de bautizar paganos, derribar ídolos, levantar templos, borrar hábitos bestiales y sangrientos, destruir la poligamia y el canibalismo, predicar la castidad, y hacer que todas las almas suspirasen por el cielo"; y es que la historia de las misiones, lo mismo la antigua que la de nuestros días, como la historia de toda iglesia naciente, está escrita con sangre de mártires, abundando en todas las órdenes religiosas los mártires del Evangelio; y no entre el vocerío de la prensa mundana y las aclamaciones de pueblos, sino en el silencio de las tristes soledades, sin más testigos que la presencia de Dios, su Padre, y sin más recompensa que el olvido absoluto de los hombres, y la corona labrada en el cielo, para después de su escondida muerte. Apostolado, virtud, persecuciones, son la trinidad que según el santo jesuita Francisco Xavier, había de acompañar continuamente a quien de verdad se dedica al apostolado de las misiones.

No hay más que hojear la admirable historia de cualquier orden religiosa, franciscana, jesuita, dominica, para ver los innumerables catálogos de sus mártires, que no son más que otras páginas de la historia de las misiones, a través de los siglos, desde la Mongolia en 1253, pasando por esas de América en los siglos XVI y XVII, hasta nuestros días.

"La clave de la historia española en ultramar está en México" y verdaderamente es admirable aquella epopeya de conquista y colonización de tan extenso territorio, por los heroicos capitanes cuyos nombres pasaron a la historia. "Valerosos capitanes y fuertes y esforzados soldados" —dice Bernal Díaz del Castillo— en cuyas filas hubo gallegos, aunque pocos, pero que García Acuña entresaca de la historia del Imperio Azteca; deleitándose en el episodio de la fundación de la Nueva Galicia y su capital, Compostela de Jalisco, para ensalzar la figura de un fraile gallego, Fr. Martín de La Coruña, abnegado y sublime misionero, gloria de nuestra región, diré mejor de nuestra amada Coruña, que puede estar orgullosa de tal hijo; que si Nuño de Guzmán fué el primero que conquistó aquella tierra mexicana, aquel hermoso trozo del imperio de Moctezuma, Fr. Martín de La Coruña, fué también el misionero, el evangelista, que conquistó las almas de aquellos indios, con su caridad y mansedumbre, con sus ayunos y penitencias, santificando con su nom-

bre la Nueva Galicia, uniendo su santidad a la de San Pedro de Mezonzo, obispo de Iria, autor de esa sublime plegaria "Salve Regina"; a la del niño Pelayo de Tuy, a la de la Virgen Eteria y a la de otros gallegos que figuran en el santoral romano.

"Evangelizador infatigable" —ha escrito nuestro erudito compañero y querido amigo el Académico D. Manuel Amor Meilán— consciente de la alta misión que el cielo le confiara, llevando tal vez sus deseos más allá de lo que a las humanas fuerzas le es permitido, con todo el ser tanto lo que realizó en tierras mexicanas hubo de creer aún, que no era bastante, que debía abarcar en el tiempo y el espacio más dilatado campo de acción, y consta que dos veces se embarcó para convertir a los isleños del Pacífico, y una vez y otra vez la tempestad le rechazó nuevamente a las costas mexicanas, como si aquellas tierras fueran las elegidas por Dios, para que nuestro Fr. Martín de La Coruña o de Jesús—que éste era el verdadero nombre por él elegido en su profesión religiosa—ejerciera su apostolado. Y entre tantos azares y trabajos, tuvo aún tiempo y vagar para escribir una curiosa "Relación de las ceremonias y ritos, población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán", que acaso sea la misma Historia de Michoacán, costumbres y religión, que Beristain le atribuye.

Bien podemos considerar a Fr. Martín de La Coruña, como el precursor de otros egregios gallegos que han brillado en México, entre los que citaremos al misionero orensano Fr. Sebastián de Aparicio, muerto en olor de santidad, que llena algunas páginas de la "Leyenda de Oro"; al lego franciscano pontevedrés Fr. Pedro Buceta, que revelándose como ingeniero, abasteció de aguas potables a Veraacruz y Guadalajara; al dominico Fr. Diego de Betanzos, ensalzado por Torquemada como penitente, y que como diplomático arregló varias diferencias entre el Bachiller Estrada y Hernán Cortés; y de la ciudad del Mandeo no nos olvidaremos del franciscano Fr. Pedro de Betanzos, que pasó a Guatemala en 1542, sacando a los indígenas de los montes y barrancos, para que vivieran en los pueblos. Eminente filólogo, aprendió la lengua de los indios, especialmente de los mexicanos, guatemaltecos, utlatelcanos y tzutujilanos, aprendiendo además catorce idiomas indígenas, y publicó la cartilla que rezaban los cristianos en todas aquellas

lenguas, el "Arte y Vocabulario guatemalteco" y otras muchas obras. Gran misionero fué este hijo de Betanzos.

Otro orenzano, Fr. Benito Fernández de Santa Ana, es digno de anotar, que según uno de sus hermanos de hábito, cada día estaba más evangelizador y más estimado de los indios; como el erudito hijo de Mellid, D. Mateo Segade y Bugeiro, que después de ocupar en España altos cargos, llegó a ser Arzobispo de México; como el insigne lucense D. Diego de Ossorio Escobar y Lamas que fué Obispo de Puebla de los Angeles y después Virrey y Capitán General de Nueva España, sin que olvidemos al insigne betancero D. Francisco de Aguiar y Seijas, Arzobispo de Michoacán y después de México, protector de la "Décima Musa" Sor Juana Inés de la Cruz; y de los Virreyes D. Gaspar de Zúñiga, Conde de Monterrey y D. José Sarmiento Valladares, de la más rancia aristocracia gallega.

El primer sacerdote, que pasó a la conquista y conversión de los habitantes de México en compañía de Cortés, fué el gallego Juan Díaz; como el primer evangelizador de Michoacán, fué Fr. Martín Junco y Fr. Sebastián de Ovando que en Indias convirtió multitud de indígenas y fué Obispo de Santa María.

Larga sería la relación de nombres de gallegos evangelizadores de América que pudiéramos citar, pero vamos a terminarla señalando a Fr. Pedro de Santa María y Ulloa (Fr. Pedro Manzano) varón apostólico, de la Orden de Predicadores, hijo originario del Religiosísimo convento de San Esteban de Salamanca, y prohijado en el Real Convento de San Pablo de Sevilla, que embarcó para Nueva España y donde en diversas partes del Estado del Perú, de Tierra Firme, Angola, Cabo Verde, y hasta el estrecho de Magallanes convirtió con su predicación a innumerables indígenas. En 1667 llegó a Guatemala, estuvo después en Caracas y volvió a Guatemala, donde enseñó Artes y se ocupó en otros ministerios, regresando luego a España, pero volviendo luego a Lima. En resumen, recorrió la mayor parte de América, a donde fué varias veces conquistando multitud de indios. En varios conventos de América fué Maestro de Artes y otras disciplinas y gran evangelizador. De sus obras como literato consumado, es digna de notar "Arco Iris de Paz" que tanta fama le dió. Fray Pedro Manzano, nacido en la parroquia de Santa María de Ois, aunque no ha sido beatificado por la Iglesia, es venerado como tal por el pueblo, que acude con ofren-

das en frecuentes romerías a la parroquia en que nació.

Los esclarecidos varones hijos de Galicia que hemos citado, y otros que omitimos, dejaron nombres inolvidables en las tierras mexicanas.

Describe García Acuña extensamente, como se realizó la conquista del territorio a que Nuño de Guzmán dió el nombre de Nueva Galicia, tomando de la "Monarquía Indiana" del P. Torquemada, que atendió, para darle este nombre, a ser "región templada, de tierra áspera y de gente seria, en todo parecida a nuestra Galicia", corroborando Nuño de Guzmán esta semejanza en la relación que en 1531 hizo al Emperador Carlos V diciendo "ser la provincia de Jalisco más parecida a la costa, mar, estrellas y poblaciones de Galicia, para justificar el nombre de Nueva Galicia", solicitando se confirmase este nombre; y en efecto la petición de Nuño de Guzmán fué atendida, concediendo a Nueva Galicia de Jalisco y su capital Compostela, todas las libertades, fueros y privilegios que tiene y goza la de nuestra España, según se consigna en la Real Cédula fechada en Barcelona a 20 de Abril de 1533.

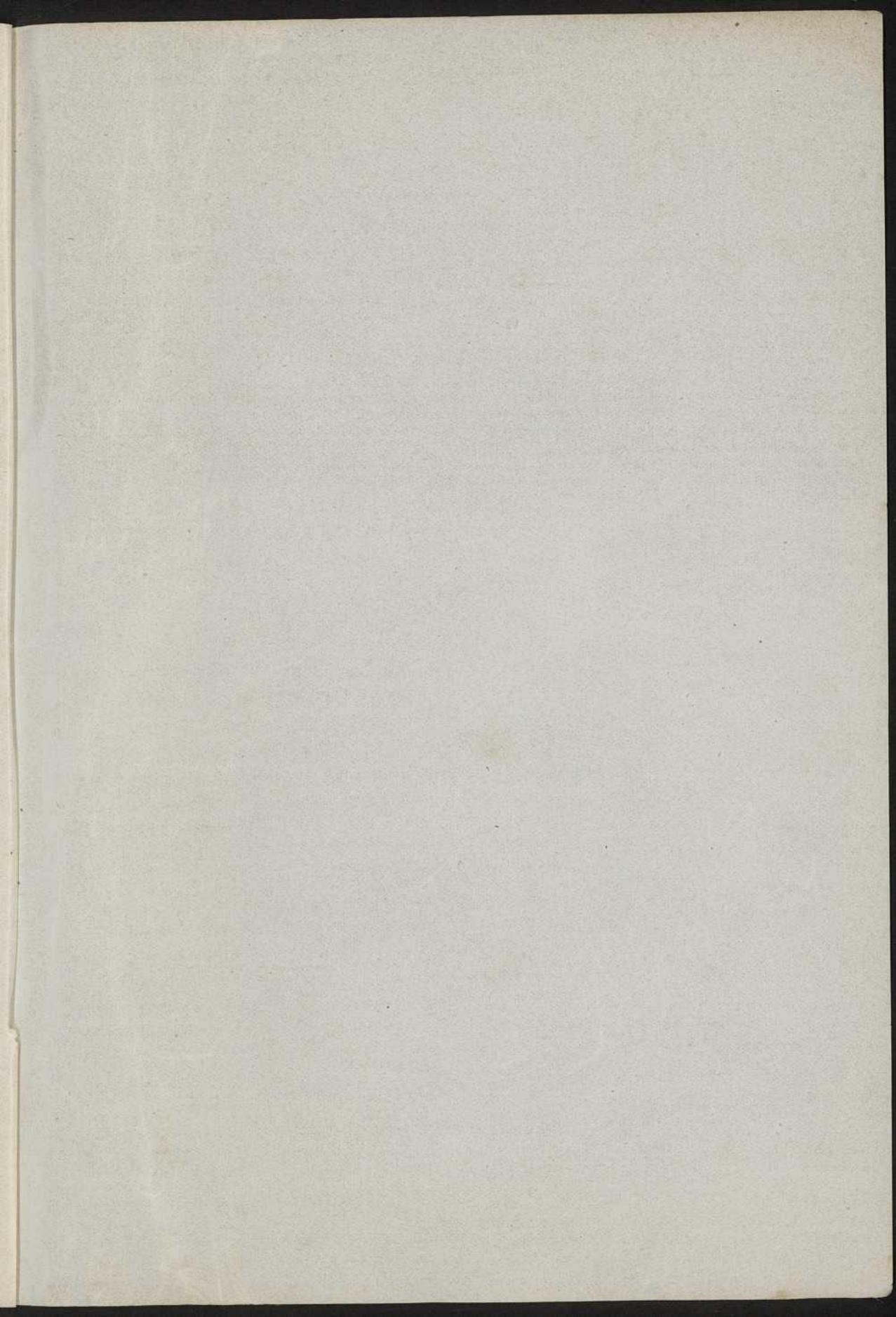
Voy a terminar estas mal pergeñadas líneas, trazadas con precipitación para contestar al luminoso discurso del nuevo Académico D. José García Acuña, teniendo la seguridad de que abstraídos vosotros con la belleza de ese monumento histórico, os habrá pasado desapercibida la pobrísima disertación que acabo de hacer; y tanto más lo creo así, cuanto que al oír el trabajo del recipiendario, no he podido menos de recordar la temporada que pasé en México hace años, recorriéndolo desde Veracruz, a donde me llevó una Comisión de estudio de la fiebre amarilla, visitando Orizaba, Puebla de los Angeles, México, San Luis de Potosí, Nueva León hasta Texas y Nuevo México, contemplando el Popocatepetle, el pico de Orizaba, así como la laguna de Tlascala; viniendo a mi memoria el suntuoso palacio de Chapultepec, añorando a Hernán Cortés cuando, al pie del "Arbol de la Noche Triste", allí lloró, y cuando terminada la conquista fué recibido y agasajado por el Emperador Moctezuma en su residencia de Tecnotitlán; mis impresiones al pasar por Querétaro y contemplar en las alturas del Cerro de las Campanas, tres cruces que a manera de las del Calvario, indicaban el fusilamiento del Emperador Maximiliano con sus Generales Mejía y Miramon el 19 de Junio de 1867.

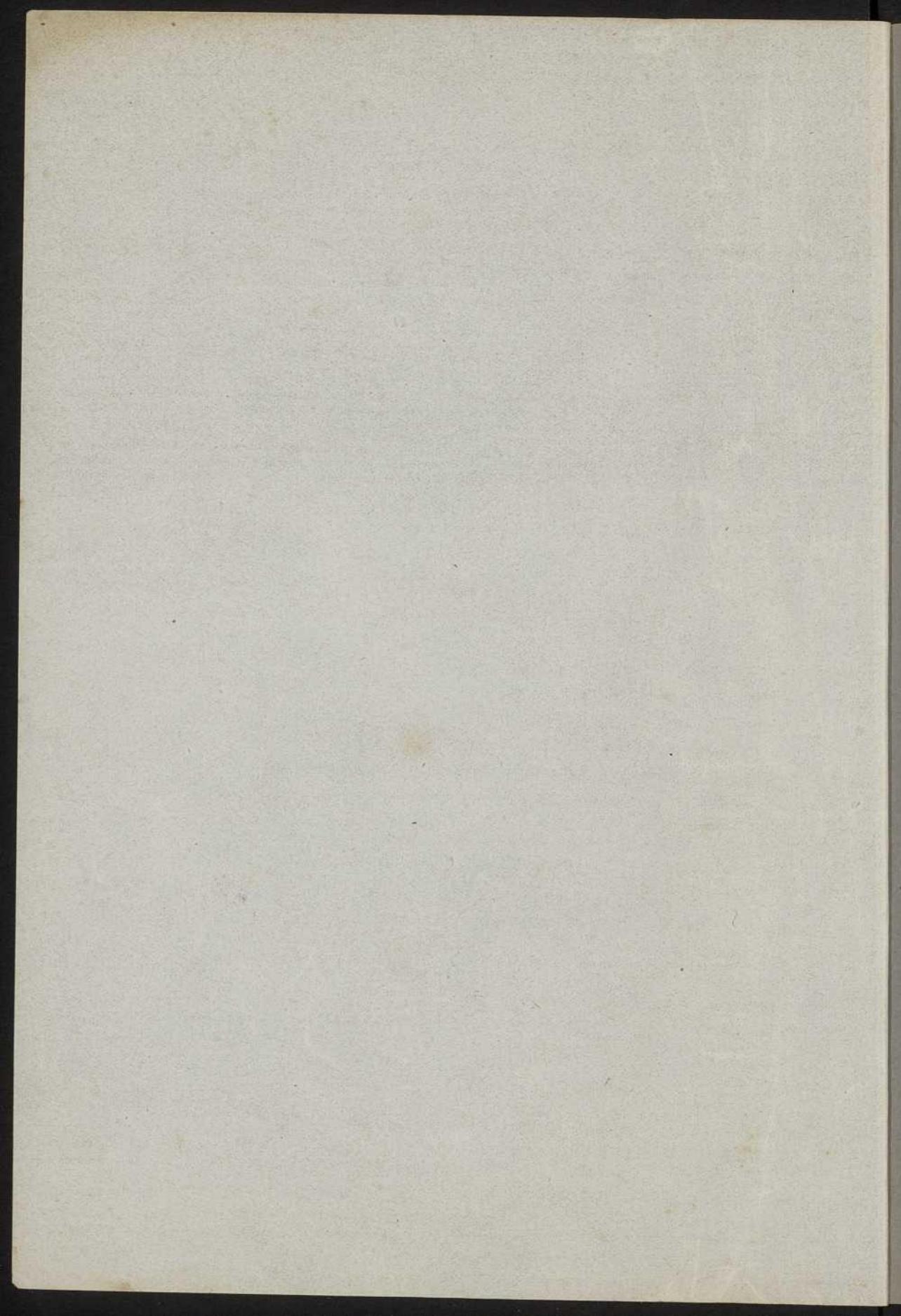
No he de decir la admiración que me produjeron las Catedrales de México y Guadalajara, el Santuario de Guadalupe, así como el calendario de los Aztecas y la piedra de los sacrificios; como tampoco puedo olvidar la visita que hice al dictador, Porfirio Díaz, por las manifestaciones de amor que demostró a España, pudiendo apreciar cuanto en aquellas tierras se mantiene el cariño a nuestra patria, y cómo recordaban a nuestro General Prim, cuando por el tratado de Londres intervinieron Francia, Inglaterra y España en los negocios del Gobierno de la República Mexicana, y como después de las conferencias de Orizaba, el Jefe de la expedición española retiró sus tropas, y al embarcarse de regreso en Veracruz, hizo donación de todo el material sanitario al hospital de dicha ciudad.

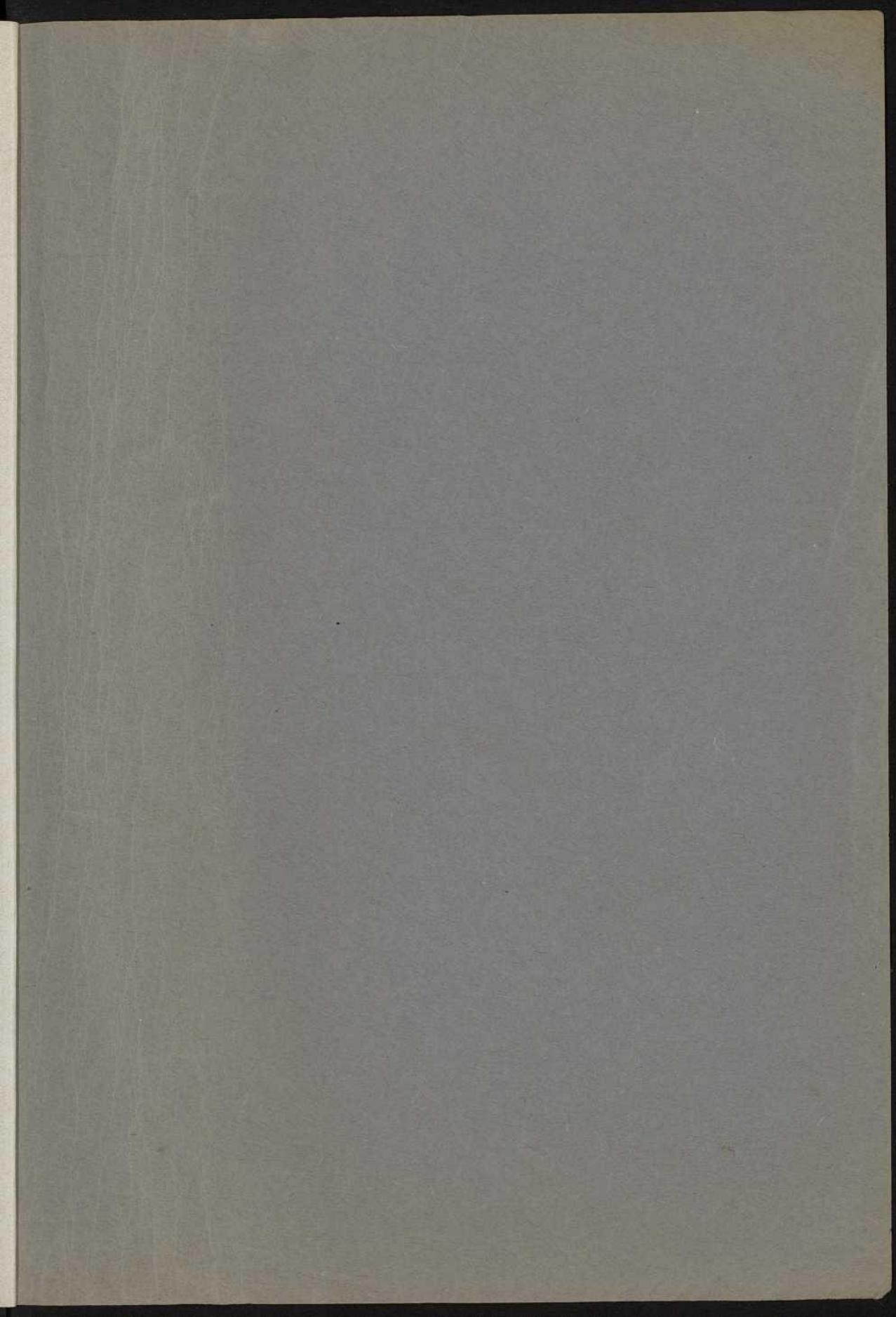
Muy grato fué para mí hallar gallegos en casi todos los pueblos de México que recorrí, y algunos amigos antiguos como el coruñés Emilio Caula que ocupaba el distinguido puesto de Capitán del Puerto de Veracruz y Comandante General del Golfo Mejicano. No es extraño, pues los gallegos en América son legión, y como nos dijo en la Habana el sabio naturalista cubano D. Felipe Poey, al que tuvimos por maestro en la Facultad de Ciencias Naturales, en una conferencia comentando la obra de Flammarion "La Pluralidad de Mundos Habitados", no debe de haber habitantes en la luna, pues si los hubiera, ya algún gallego hubiera ido allí y al retornar nos hubiera dado noticias del planeta.

Perdonadme, amigos y compañeros, estos recuerdos, que vienen a mi memoria, de un lejano pasado, que casi llega a los linderos del olvido, recuerdos del tiempo viejo, que en las tenebrosas brumas del invierno de mi vida, traen brisas de felices días de juventud, y por eso los viejos vivimos de las añoranzas del pasado, que se avivan y agudizan en acontecimientos de actualidad, como el acto de hoy en que la Academia Gallega recibe en su seno a un ilustre hijo de Galicia.

HE DICHO.







REAL ACADEMIA
GALEGA

A CORUÑA

F12988

Biblioteca